

# Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

NUMERO DEDICADO AL CENTENARIO DEL 48

## SUMARIO

JEAN CASSOU: *TRES TESTIGOS DEL 48* ¶  
EDMUND WILSON: *PULIENDO EL LENTE* ¶  
RODOLFO MONDOLFO: *MAZZINI Y MARX* ¶  
B. SANIN CANO: *1848 - 1948* ¶  
ERNESTO MONTENEGRO: *LA FILOSOFIA POLITICA DE CARL SCHURZ* ¶  
MANUEL ROJAS: *DOS CENTENARIOS* ¶  
LAIN DIEZ: *LOS ALEMANES DEL 48 EN CHILE* ¶  
ENRIQUE ESPINOZA: *EL FANTASMA METE MIEDO EN AMERICA*

---

SANTIAGO **44** DE CHILE

## SUMARIO DEL NUMERO ANTERIOR

ENRIQUE ESPINOZA: *ANDRE GIDE, UNO Y DIVERSO* ¶ ANDRE GIDE: *PAGINAS RECOBRADAS* ¶ GONZALEZ VERA: *PATANCHA Y EL VEGETARIANO* ¶ VICTOR SERGE: *POEMA POSTUMO* ¶ EUCLIDES GUZMAN: *EL HOMBRE QUE VOLVIA DE LA PAMPA* ¶ LUIS FRANCO: *HORACIO QUIROGA POETA DE LA NATURALEZA Y DEL AMOR* ¶ HORACIO QUIROGA: *UNA NOCHE DE EDEN*

★

## SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

ERNESTO MONTENECRO: *PEZOA VELIZ, POETA DEL PUEBLO* ¶ PEZOA VELIZ: *RODOS DE ALTO RANGO* ¶ GONZALEZ VERA: *MARURI ESQUINA CRUZ* ¶ LUIS FRANCO: *LIMADURAS* ¶ EUCLIDES GUZMAN: *UN EXPERTO EN ARQUITECTURA EGIPCIA* ¶ LAIN DIEZ: *LOS ALEMANES DEL 70 EN CHILE* ¶ LEON S. PEREZ: *EL SOÑADOR ENSANGRENTADO* ¶ DAVID ROUSSET: *LA BATALLA DEL GHETTO DE VARSOVIA*

## GUIA DE LIBREROS

### LIBRERIA APOLO

*Pasaje Matte 88 - Tel. 66727*

TODO LO QUE SE LEE EN ESPAÑOL  
CONCEDEMOS CRÉDITOS  
CONSULTE CONDICIONES

### LIBRERIA POLLAK

LIBROS EN ALEMÁN NUEVOS Y  
ANTICUARIADO EN GENERAL  
*Huérfanos 972 - 3er. P. Of. 314*  
*Casilla 9620 - Fono 82180*  
SANTIAGO

### LIBRERIA CRUZ DEL SUR

*Bandera 445 - Tel. 88118*

EDICIONES CRUZ DEL SUR

### LIBRERIA PLUS ULTRA (Ex-Librería Ercilla)

*Agustinas 1639 - Tel. 62222*  
*Casilla 4655*

LIBROS EN TODAS LAS RAMAS  
DEL SABER HUMANO

### LIBRERIA CULTURA

*Catedral 1039 - Tel. 68813*  
*Casilla 4130*

AHORA A VEINTE PASOS DEL  
CORREO Y DE LA PLAZA DE  
ARMAS

### LIBRERIA SALVAT

*Agustinas 1043 - Tel. 84734*

LIBROS TÉCNICOS Y LITERATURA  
GENERAL

### EDITORIAL DEL PACIFICO — S. A. —

*Ahumada 57 - Teléfono 89166*  
*Casilla 3126*

LIBRERÍA.—SALA DE  
EXPOSICIONES

### LIBRERIA SENECA

*Huérfanos 836 - Tel. 23698*  
*Casilla 13171*

LIBROS TÉCNICOS Y  
LITERATURA EN GENERAL

### LIBRAIRIE FRANCAISE

*Estado 36 - Tel. 80504*  
*Casilla 43 D.*

LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y  
LIBROS TÉCNICOS EN FRANCÉS.  
EN LENGUA ESPAÑOLA TODAS  
LAS NOVEDADES

### LIBRERIA CORCEL

*Corrientes 1681 Buenos Aires*

OBRAS ARGENTINAS Y  
AMERICANAS EN GENERAL

### LIBRERIA NASCIMENTO

*San Antonio 240 - Tel. 32062*

LAS MEJORES EDICIONES  
NACIONALES Y EXTRANJERAS

### LIBRERIA CRUZ DEL SUR

*Apartado 111 Caracas*

ACEPTA REPRESENTACIONES  
DE LIBROS EN VENEZUELA

EL LIBRO: UN REGALO DIGNO Y PERDURABLE. PREFIERALO Y ELIJALO  
ENTRE LAS EDICIONES NACIONALES \ CAMARA DE EDITORES DE CHILE

*Viajar*

A BUENOS AIRES NO CONSTITUYE  
UN PROBLEMA

UD. PUEDE HACERLO EL DIA QUE LO DESEE

*La Línea Aérea Nacional* mantiene un  
servicio diario de aviones modernos entre Santiago y  
Buenos Aires que cubren la distancia que separa a  
estas dos capitales en un cómodo viaje de 3½ horas.

LINEA AEREA NACIONAL. CHILE

## EDITORIAL UNIVERSITARIA S. A.

Constituída con capitales aportados por la Univer-  
sidad de Chile y la Federación de Estudiantes  
de Chile.

Una institución al servicio de la cultura, que edita  
e importa toda clase de textos y material  
de estudio.

Desde el 1.º de Octubre del año ppdo., la Librería  
Universitaria, del Departamento de Publica-  
ciones de la Universidad de Chile, pasó  
a depender de esta empresa.

En Marzo del presente año se ampliará el local, en  
la misma Casa Central, y se pondrán en venta  
toda clase de libros culturales, artísti-  
cos, de interés científico, etc.

## Nosotros y la Antártida

La Antártida Chilena es para nosotros un territorio de promisión.  
Bajo la espesa capa de hielo que cubre una extensión de un millón dos-  
cientos mil kilómetros cuadrados, es posible que se encierre un mundo  
insospechado de riquezas para el chileno de corazón esforzado y valeroso.  
Hoy el misterio y la soledad cubren las gélidas tierras polares.

¡Soledad...! ¡Soledad...!

**Soledad** no sólo es el vacío, la sensación de eternidad que debe ex-  
perimentarse en esas tierras. **Soledad** es un **magnífico libro** del Al-  
mirante Richard Byrd. Un libro en el que, con la sabia experiencia del  
explorador y la voluntad del hombre audaz, se nos presenta el panora-  
ma antártico con toda su grandeza incomparable. El Almirante Byrd  
nos cuenta en su libro las vicisitudes de la expedición, las fatigas y el  
peligro infinitos, el terror ante lo inconmensurable, el frío...

Leyendo **Soledad** sentiremos la sensación de encontrarnos sobre el  
suelo Polar, y, es posible, que sintamos también los escalofríos de la  
emoción y del hielo de esas latitudes...

La última de nuestras **Obras de actualidad**. De lujo \$ 70.— Rús-  
rica \$ 50.—

DESPACHAMOS DE INMEDIATO CONTRA REEMBOLSO AL INTERIOR, SIN GASTOS  
DE FRANQUEO PARA EL COMPRADOR. — EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.  
CASILLA 84-D. SANTIAGO DE CHILE

ESTABLECIMIENTOS

GASTON RUDDOFF S. A.

*Confecciones finas para caballeros,  
jóvenes y niños*

SANTIAGO, SALVADOR SANFUENTES 2853

FONOS 90274 y 94298

## ALGUNOS ENSAYOS DE ORIENTACION SOCIALISTA

### HOMBRES E IDEAS

- CIRO ALEGRÍA / *Impresión de Mariátegui* (N.º 13).  
 JOHN CHAMBERLAIN / *El sueño del anarquismo* (N.º 10).  
 LAÍN DIEZ / *Del materialismo histórico* (N.º 21).  
 JOHN DOS PASSOS / *Carlo Tresca* (N.º 25).  
 ENRIQUE ESPINOZA / *Heine y Marx* (N.º 19).  
 FEDERICO ENGELS / *Carta a Carlos Marx* (N.º 23).  
 JAMES T. FARRELL / *Literatura e ideología* (N.º 19).  
 LUIS FRANCO / *El Estado, negación del hombre* (N.º 32).  
 SEBASTIÁN FRANK / *El espíritu burocrático* (N.º 20).  
 JARVIS GERLAND / *El álgebra de la revolución* (N.º 12).  
 ENRIQUE HEINE / *El Evangelio y la Filosofía* (N.º 3).  
 M. F. GRANDIZO / *La lucha de edades en política* (N.º 10).  
 SIDNEY HOOK / *Anatomía del Frente Popular* (N.º 14).  
 JUAN B. JUSTO / *El socialismo en la Argentina* (N.º 11).  
 HAROLD J. LASKI / *Deber del intelectual ahora* (N.º 9).  
 JEF LAST / *Dos fragmentos de un discurso en Madrid* (N.º 1).  
 JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI / *Genealogía del socialismo* (N.º 10).  
 MARCEL MARTINET / *Algunos recuerdos* (N.º 7).  
 CARLOS MARX / *Carta a Federico Engels* (N.º 23).  
 CARLOS MAYER / *Lev Davidovich* (N.º 30).  
 RODOLFO MONDOLFO / *¿Qué es el materialismo histórico?* (N.º 31).  
 HORACIO QUIROGA / *Los Precursores* (N.º 1).  
 MAX RAPHAEL / *Una crítica marxista del tomismo* (N.º 30).  
 HÉCTOR RAURICH / *Alternativa histórica* (N.º 17).  
 DIEGO RIVERA / *¿Programa de lucha o de adaptación?* (N.º 1).  
 MANUEL ROJAS / *El socialismo y la libertad* (N.º 33).  
 ARTURO ROSENBERG / *La revolución de Octubre* (N.º 7).  
 VÍCTOR SERGE / *El Viejo (en memoria de L. D. Trotsky)* (N.º 41).  
 VINCENT SHEEAN / *Brumario en la Unión Soviética* (N.º 9).  
 RENATO TREVES / *Piero Gobetti y el socialismo liberal* (N.º 33).  
 EDMUND WILSON / *Humanismo socialista* (N.º 7).

## Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

FUNDADA EN BUENOS AIRES EN ABRIL DE 1921

Director: Enrique Espinoza

Comité asesor: Manuel Rojas, Luis Franco, González Vera,  
 Laín Díez y Mauricio Amster (Gerente)

Precio del número. . . . . \$ 20 mlch.  
 Suscripción a 6 números. . . . . \$ 80 mlch.

### FUERA DE CHILE:

Precio del número. . . . . 0,50 ujs.  
 Suscripción a 6 números. . . . . 2,50 ujs.

Toda la correspondencia de BABEL debe dirigirse a Av. Bernardo  
 O'Higgins 2555, Stgo. Cheques o giros a nombre de Mauricio Amster.

## Colaboradores

JEAN CASSOU.— El capítulo que publicamos en este número pertenece a su libro sobre el 48, editado por la *Nouvelle Revue Française*. Otro anticipo del mismo apareció en el número 24 de BABEL bajo el título de «Flora Tristán y la Unión Obrera».

EDMUND WILSON.— Sus páginas del presente número, así como las anteriores que aparecieron en el número 7 de Babel: «Humanismo marxista», corresponden a su obra *To the Finland Station*. Harcourt, Brace & Co.). Final del capítulo 9 y comienzo del capítulo 10.

B. SANIN CANO.— El artículo que insertamos ha sido escrito especialmente para este número por el veterano escritor y periodista colombiano acerca de cuya personalidad puede consultarse un ensayo de nuestro director en el número 24 de BABEL.

RODOLFO MONDOLFO.— Profesor de griego y de filosofía antigua en la Universidad de Tucumán. El capítulo que publicamos, forma parte de su libro *Sulle orme di Marx* y fué traducido por su propio autor para este número. Véase en el 31: «¿Qué es el materialismo histórico?»

ERNESTO MONTENEGRO.— El autor de *Mi tío Ventura* es actualmente profesor de la Universidad de Kent, Ohio, desde donde nos ha hecho llegar su colaboración para esta entrega. Véase en particular su artículo «Los dos Pontífices», en el número 33.

MANUEL ROJAS.— El novelista de *Lanchas en la bahía* y el poeta de *Tonada del transeúnte*, que asisten al crítico de su último libro: *De la poesía a la Revolución*, vibran de consuno en las reflexiones del ensayo que ofrece ahora en estas páginas.

LAÍN DIEZ.— Su conocimiento de la historia chilena en conexión con los grandes acontecimientos mundiales se pueden apreciar en el presente artículo como en los anteriores del mismo autor que salieron en los números 21, 23 y 36 de BABEL.

LUCIEN LAURAT.— Economista francés contemporáneo, autor de numerosas obras de carácter socialista. El estudio que publicamos aquí apareció en la revista norteamericana *Politics*, de donde lo ha traducido Laín Díez.

JAMES P. CANNON.— Líder y secretario general del *Socialist Workers Party* de los Estados Unidos, para cuyo periódico, *The Militant*, escribió originariamente la fina nota que insertamos en este número especialmente autorizados por su autor. Tradujo Catiucha.

HERNÁN GÓMEZ.— (1905 - 1948). Poeta fallecido en Buenos Aires el 12 de Enero del presente año. Autor de *Alabanzas*, *Sonata del amor filial*, *Orilla nativa*, *Galicia Mártir* (del que anticipamos ya cuatro composiciones en los números 21 y 24 de BABEL) y un libro inédito en prosa: *En el campo*, con *Fierro*, del que también anticipamos un capítulo en el número 17.

**Manifest**

der

**Kommunistischen Partei.**

Veröffentlicht im Februar 1848.

London.

Druck von W. Hirschfeld, Engländer & Foreigner Printers  
49, CLIFTON STREET, FINSBURY SQUARE.

1818

PORTADA DEL MANIFIESTO COMUNISTA 1848

# Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

DIRIGIDA POR ENRIQUE ESPINOZA

AQUÍ SE CONFUNDE EL TROPEL  
DE LOS QUE A LO INFINITO TIENDEN  
Y SE EDIFICA LA BABEL  
EN DONDE TODOS SE COMPRENDEN.

*Rubén Darío*

MARZO — ABRIL, 1948

AÑO IX **44** VOL. XI

SANTIAGO DE CHILE

Babel  
REVISTA DE ARTE Y CRÍTICA  
FUNDADA POR KARL MARX

SEPARAR LA REPÚBLICA  
DEL SOCIALISMO ES QUERER ACOR-  
DAR LA LIBERTAD DEL ESPÍRITU CON  
LA ESCLAVITUD DE LOS SENTIDOS,  
EL EJERCICIO DE LOS DERECHOS  
POLÍTICOS CON LA PRIVACIÓN DE  
LOS DERECHOS CIVILES; ES CONTRA-  
DICTORIO, ES ABSURDO.

PROUDHON.

Jean Cassou

## TRES TESTIGOS DEL 48

BALZAC - PROUDHON - MARX

LA SEVERIDAD que a propósito de María d'Agoult manifiesta Balzac por los desórdenes del corazón, confúndese como hemos visto, con su severidad por los desórdenes sociales. Y, sin embargo, en su tiempo, nadie se ha mostrado más curioso de unos como de otros. Las pasiones humanas y los cambios sociales no han tenido testigo más interesado. Cuanto a los primeros, puede considerarse que Balzac nunca les fué tan hostil como al encontrarlos en la pobre Beatriz; pero más a menudo se hizo su apologista. Es preciso remontarse hasta los dramaturgos isabelinos para encontrar en la literatura universal a alguien que haya tenido como Balzac, el gusto por las pasiones llevadas a su más alto diapasón. La embriaguez de la vida y del lujo, las existencias reales, los gritos sobrehumanos, el esplendor del goce, el tumulto ilimitado de los sueños, la intensidad de los sentimientos exclusivos, que no encuentra paralelo más que en la posesión del universo o en el estrépito de la muerte, tales son los temas que anima el genio de Balzac, testigo de una época conmovida por fortunas extraordinarias, ambiciones y metamorfosis. Y fué por ejercer la insaciable voluntad de poderío que bullía en él, que Balzac se instituyó en testigo de su época. Para este gigante que soñaba llevar a cabo con la pluma lo que Napoleón llevó a cabo con la espada, la literatura era el medio de acercarse a ese mundo inestable, centelleante y patético, aprehenderlo y plantar en él una garra dominadora. Así ha podido sentirse financiero, ministro, amante, presidiario, polizonte, gran señor, aventurero.

Con todo, la pasión lo asusta. Y al encontrarla en los rasgos de la más linda pareja que atraviesa el siglo, la condena lo mismo que condena los movimientos convulsivos que agitan la sociedad de su tiempo. Cierto que conoce la causa, lo que implica casi su justificación. Remonta a la fuente, que es el dinero. Es sabido que Balzac constituía la lectura favorita de Marx. Este hallaba todo en Balzac, quien bajo las variantes económicas de su época, enseñábase más — de-

cía — que las más sabias estadísticas. Pero Balzac se espanta del espectáculo y de las leyes así descubiertas. Quisiera detener el curso de la historia. Quisiera retroceder. Pide socorro al pasado, reclama desesperadamente la restitución del trono y del altar.

«En medio del vértigo democrático al cual entréganse tantos escritores ciegamente — escribe en su famoso prefacio a *Les Paysans* — ¿no es urgente al fin pintar a ese campesino que torna inaplicable el Código, convirtiendo la propiedad en algo que es y que no es? Podéis ver a ese zapador, a ese roedor que divide y parcela el suelo, que reparte y desmenuza una fanega de tierra en cien trozos, convidado siempre a ese festín por una pequeña burguesía que hace de él a la vez su auxiliar y su presa. Este elemento insocial, creado por la Revolución, absorberá alguna vez a la burguesía como la burguesía ha devorado a la nobleza. Elevándose, por su propia pequeñez, por encima de la ley, este Robespierre de una cabeza y veinte millones de brazos, trabaja sin detenerse jamás, agazapado en todas las comunas, entronizado en los consejos municipales, armado en guardia nacional en todos los cantones de Francia por el año 1830, que ha olvidado que Napoleón prefirió correr los riesgos de su desastre antes que armar a las masas.»

Esta visión angustiosa resume lo que pasaba en el campo durante la Restauración y la monarquía de Julio, mientras los espíritus están ocupados con las revoluciones más brillantes, que inflaman las ciudades industriales. Pero Balzac no se interesa en ese aspecto heroico de la lucha de clases ni en los presagios que podían sacar los espíritus proféticos. Balzac se diferencia de sus contemporáneos por que vive absorto en el presente; no va más allá. Por eso busca en la provincia el espectáculo de la lucha de clase, allí donde se presenta como una sórdida guerra de topas, allí donde se acaba el horroroso despedazamiento de los restos del feudalismo. Las luchas obreras son capaces de exaltar a un espíritu ávido de porvenir, y sin duda Balzac ha observado y anotado la romántica nobleza de los combatientes del Claustro de Saint-Merry. Pero su vista se detiene con horror sobre lo que se lleva a cabo en las campañas desconocidas, de las que nadie habla y donde bulle sórdidamente un pueblo aleonado, sucesivamente abandonado en su ruindad.

Frente a este drama implacable y tácito, Balzac esfuérase en guardar su imparcialidad de sociólogo. Mas su elección

está hecha: de ahí, en su espíritu, una trágica contradicción. «El historiador no debe olvidar jamás que su misión es dar a cada cual su parte; el desgraciado y el rico son iguales ante su pluma; para él el campesino tiene la grandeza de sus miserias, como el rico la pequeñez de sus ridiculeces; en fin, el rico tiene pasiones, el campesino sólo necesidades, el campesino es, pues, doblemente pobre; y si, políticamente, sus agresiones deben ser reprimidas sin piedad, humana y religiosamente es sagrado.»

Esta última frase es reveladora. La caridad cristiana como la justicia humana enseña a Honorato de Balzac que el campesino tiene derecho a nuestra simpatía. Sólo que el campesino no debe tratar de mejorar su condición; de lo contrario expónese de nuestra parte a una despiadada represión, es decir, al fusilamiento. Todo el drama del 48 está ahí. «Humana y religiosamente», el proletario aparece como sagrado, aun para el defensor del trono y del altar. «Políticamente», es distinto, sobre eso no sólo los defensores del trono y del altar están de acuerdo con Balzac, sino también los burgueses liberales, los republicanos, los demócratas, los radicales, los socialistas. He ahí esta contradicción revelada en toda su crudeza por la confesión de Balzac, cuyo don de clarividencia y de penetración es el de uno de los más grandes poetas de la humanidad y que, en consecuencia, ve como poeta y gran poeta las transformaciones que se llevan a cabo en su tiempo. Estas transformaciones va a observarlas allí donde se manifiestan bajo su forma más áspera y quizá más animal en provecho de una especie astuta, vil y repelente, sobre bienes y contra personas, que a los ojos de un artista pueden evocar fastos y suscitar nostalgias. Y sin embargo, el testigo admite que tal cosa sea fatal y aun hasta justa. Hay males necesarios de los cuales — vayamos valientemente más lejos — podemos imaginar que se deriva un bien. Esta raza innoble que roe las propiedades majestuosas y los jardines agradables, puede, a medida que vaya elevándose de su fango, regenerarse, conquistar su grandeza, crear a su vez algo inconcebible aun, pero que será su forma y su estilo. . . . Así piensan los que han tomado el partido del mal. Mas un sobresalto de espanto retiene a Balzac contra el demonismo de su tiempo. Permanece apegado a las mansiones hermosas, a las bellas estancias: son lugares enciclopédicos donde se conservan, por su beatitud y su exaltación, los estilos, los mobiliarios, las especies botánicas, las reglas del tallado de las piedras y las de la poda. Y he aquí que se le

impone con amarga angustia comprobar la destrucción de tal tesoro. La monarquía y la religión podrían retardarla, pero Balzac es demasiado lúcido para no comprender que el llamado que les dirige sólo es teórico, que su profesión de fe reaccionaría no es más que una actitud. Conoce muy íntimamente su época, objeto de su estudio y su pasión, esa época de química y agitación, para ignorar que su bamboleo es definitivo. Y, poeta trágico, enciérrese en la contemplación de las ruinas.

\* \* \*

Pedro José Proudhon acepta, por su parte, aparecer como un genio del mal, y es sin duda con satisfacción íntima que se ve en vida identificado con el diablo. No se complace en las ruinas. Las que se acumulan en su tiempo lo inquietan y no es de ese modo que quisiera ver hecha la revolución. Pero ansía la revolución o más exactamente, la entrevé, la piensa, la vive, la encarna. El diablo no actúa siempre y se contenta a menudo con su papel de mentor, de sofista y de dialéctico. Ese es el diablo que fué Proudhon.

Se ha hecho al temperamento francés una reputación de ligereza. Hay sin embargo una forma de ligereza intelectual que los franceses no aguantan y cuyo aguijón los transforma en búfalos irritados y humeantes. Es un cierto modo paradójal y acrobático de decir las cosas, como si perdieran de golpe su realidad, su peso, su gravedad, su santidad también, y como si al capricho del espíritu se abrieran imprevistas salidas. Fórmulas insolentes, explosivas elipsis, pulverizan de repente todo un sistema de relación que parecía instituido por Dios, fundado en el sentido común y dirigido por la misma solidez de las cosas. Pero las cosas vacilan, desaparecen. La propiedad es el robo. Dios, es el mal. El crédito puede llegar a ser gratuito.

Sin duda, no son más que palabras. Y Proudhon sabía que no eran más que palabras. Podía, si lo hubiera querido, darse el trabajo de una explicación: los espíritus se hubieran tranquilizado. Después, en efecto, muchos se tranquilizaron y en el blasfemo Proudhon encontraron un conservador, un tradicionalista, un precursor de *L'Action Française*. De todo es posible hallar en el diablo, y de todo eso hay, desde luego, en Proudhon. No dejaba de saberlo asimismo, y de que alguna

vez se le comprendería. La farsa descubriríase o se volvería más complicada aún. Pero entre tanto, la palabra estaba dicha, el pistoletazo se había disparado. Y que las palabras pudieran tener la fuerza de ser mal comprendidas y de provocar la irritación de los búfalos, era en sí algo infinitamente regocijante. Si un malentendido de orden puramente lógico y sofístico era capaz de hacer temblar a tal punto por las cosas que pertenecen al orden de la realidad, esto concedía, es claro, una potencia singular al espíritu. Lo que le hace falta al siglo, decía Proudhon, no es «ni un Mirabeau, ni un Robespierre, ni un Bonaparte. Es un Voltaire.» Y Proudhon sería ese Voltaire. Al fin de cuentas, una revolución había salido de Voltaire. En todo caso, para quien se siente Voltaire, munido de aquel poder extraño, y que por las palabras que pronuncia, es constante objeto de escándalo — como que continúa viviendo en un mundo escandalizado — ¡qué alivio! ¡Y cómo debe sentirse contento, favorecido, divino! «Ironía, verdadera libertad!»

En cuanto al escándalo es sabido que fué enorme. Pocos hombres han inspirado a sus contemporáneos tanto horror como ese Sileno de la pequeña burguesía francesa, ese Sócrates de los autodidactas y razonadores, a quien se atribuyen las proposiciones más susceptibles de derribar los muros y de poblar de pesadillas el sueño de la gente honesta. Proudhon es aquel hombre a propósito del que las reivindicaciones populares contra la propiedad y el capital fueron asimiladas al crimen, la prostitución, la corrupción y la bestialidad. En las caricaturas del Segundo Imperio, cuando alguna tonta extravagancia era evocada, Proudhon surgía en ella, hirsuto, monstruoso en su blusa y con su hocico de jabalí. Un solo compadre se ha prestado alguna vez a compartir su soledad delirante: su amigo Courbet, otro fenómeno, otro comedor de langostas. Era dable ver a los dos energúmenos ocupados, uno en embardurnar, el otro en elucubrar, y sentíase que esas dos operaciones, de igual valor, constituían para la opinión general lo que podía concebirse de más absurdo y de más nocivo para el orden público. Y quizá los caricaturistas no erraban.

«Jamás — escribe solemnemente el tradicionalista español Donoso Cortés, citado por la *Biblioteca católica* de Luis Veuillot — jamás mortal alguno ha pecado tan gravemente contra la humanidad y contra el espíritu santo. Cuando esta cuerda de su corazón resuena es siempre con un són elocuente y vigoroso. No, no es él quien habla entonces, es otro, que lo tienta, que lo posee, y que lo sumerge jadeante en sus convul-



siones epilépticas; es otro que sostiene con él un diálogo perpetuo. Lo que dice es a veces tan extraño y está expresado de tal modo, que el espíritu se queda suspenso, sin saber si es un hombre el que habla o un demonio; si habla en serio o si se burla. En cuanto a él, si por su voluntad pudiera ordenar las cosas a su gusto, preferiría ser tenido por un demonio antes que por un hombre. Hombre o demonio, lo que hay de cierto aquí, es que sobre sus espaldas pesan de modo aplastante tres siglos reprobados.» Al caer sobre tales gentilezas teológicas, Proudhon no siente ningún placer y en su orgullo demoníaco observa: «Lo que el señor Donoso Cortés dice de mí es palabra por palabra lo que los jesuitas de Jerusalén dijeron de Jesús, hace cerca de mil novecientos años: tiene al diablo en el cuerpo: *Demonium habet.*»

Pero si este poseído está convencido de que en el dominio de lo sacrílego es posible atreverse a todo, sabe asimismo — y por eso ríe en la ocasión con una risa amarilla — que en el dominio de los hechos las almas piadosas pueden tranquilizarse. Y es él quien, esta vez, se asusta y tiembla. Durante el año 1847 ve venir la Revolución: incoherente y vana, pero de modo fatal. Y no puede hacerse a ello. Lanza verdaderos gritos de terror ante el apocalipsis que se prepara. Sin duda, las cosas no están maduras a su juicio. Pero aun previendo su derrota, podría hacerse al acontecimiento, buscar una lección en él, un estímulo para el porvenir, intentar algo que lo ajuste, lo modele o reforme. No, Proudhon se queda en su Patmos, flagelando con la misma vara a los burgueses y demócratas, al justo término medio y al jacobinismo. Pues todo aquello implica siempre gobierno y cualquier gobierno debe desaparecer para que al fin se realice la libertad pura y soberana. Pero ¿cómo alcanzar este fin supremo? Cada vez que la revolución estalla y le busca, Proudhon está ausente. Se ha hecho meter en prisión. O bien se pasea por las calles «para escuchar el sublime horror del cañoneo». Otra frase aún. Será preciso creer que Proudhon sólo habita en la región de las nubes y adherir al juicio de su adversario Considerant, cuando lo trata de «niño terrible que no ha inventado nunca otras cosas que maneras de meter estrépito para divertirse una quincena, la duración ordinaria de sus amores, como al inventar la anarquía». «¿No pertenecemos acaso — dice Daniel Stern al final de su novela de amor — a un tiempo en el que nada se realiza, en el que nadie lleva a cabo ningún propósito?» Y midiendo con el mismo ojo melancólico el fracaso de su aven-

tura y el fracaso posible de sus aspiraciones políticas, describe a Sainte - Beuve el destino de su heroína Nélide: «Vive, amará todavía, pero no a un hombre (pues ninguno vale ser amado como ella lo ha hecho); amará a todos los que sufren y en adelante obrará libre y fuerte; tenderá la mano a todos los oprimidos. Es una peroración. Dejo entrever que naufragará, porque todo naufraga en este tiempo...» Todo naufraga; pero Daniel Stern no ha dejado por ello de sacar una enseñanza, y después de la publicación de su *Historia del 48*, Littré puede felicitarlo por esa «su visión de las cosas que no admite ni los desalientos, ni los entibiamientos ni las concesiones». He aquí una visión que el inquieto, nervioso, sarcástico Proudhon no descubrirá jamás. Jamás encontrará su sabiduría. No sabría encontrarla más que en la acción, que por vencida que pueda resultar, es a la postre fecunda. Mas para Proudhon todo está perdido siempre, menos sus frases fulgurantes ante las que las almas piadosas se han persignado. Nada puede hacerse sin la palabra escrita, y eso es sin duda una victoria. No es menos verdad que después de esa iluminación de un instante, el cielo vuelve a ennegrecerse. Proudhon no es un hombre de acción; es un metafísico. Como a todo metafísico no le queda más que celebrar la nada. Su victoria sólo es lograda metafísicamente. Ha demostrado lógicamente, sofisticadamente, metafísicamente que la propiedad es el no ser. No existe, pues. Y tampoco existe el gobierno. Ni la revolución, que por el mismo fuego socrático puede decirse que no es, que no se la obtiene ni por la insurrección ni por la asociación... Si bien «quien dice revolución, dice necesariamente *progreso*, en consecuencia, dice, *conservación*. De donde sale que la revolución es permanente y que hablando propiamente no ha habido varias revoluciones; no ha habido más que una sola y única revolución perpetua.» ¿Qué decir entonces de esa revolución particular a la cual asiste, pero en la que rehusa mezclarse y que no aparece más que como un juego de sombras, una ilusión, un error, una insensatez? Los hombres a quienes vemos en estos momentos llevar aun la bandera de los partidos, solicitar y galvanizar el poder, tirotear a derecha e izquierda la revolución, no son seres vivos: son muertos. Ni gobiernan ni hacen oposición al gobierno: celebran con una danza de contorsiones sus propios funerales.»

Tiene sin embargo soluciones prácticas en su bolsillo. El famoso Banco del pueblo... Desarrollará su programa delan-

te de una Cámara atónita, en sesiones que se han hecho famosas, en julio de 1848... Naturalmente se tapan las orejas. Con todo, si quisieran... Y apenas ha hecho la crítica acerca de los utopistas, ejecutando uno tras otro, a Luis Blanc, a Considerant, a Cabet, habla a su turno como un utopista: «¿Habéis concebido una idea feliz? ¿poseéis algún descubrimiento importante? Apresuraos a comunicárselo a vuestros conciudadanos; después haceos la mano vosotros mismos, emprended, agitado y no pidais ni atacéis al gobierno.» Lo que no le impide pensar en ofrecer su idea al Príncipe - Presidente, en ver en él al ejecutor ideal que el cándido Fourier había aguardado toda la vida, cuando volvía a su casa a mediodía. Si, Proudhon se hizo utopista o parecido a esos consejeros que llenan la parte cómica con perplejidades monárquicas de que se han reído Molière y Cervantes.

Sucede que Proudhon, como todos los utopistas y más que ellos porque era más genial y más humano, ha lanzado sugerencias a las que las circunstancias que siguieron han permitido tomar cuerpo. Pensador elíptico, ha visto que en último término, la revolución es la destrucción del Estado; pero serán Carlos Marx y Lenin quienes analizarían el proceso concreto de esa destrucción. Entre tanto, su negación metafísica del gobierno sólo podía engendrar el anarquismo. Más tarde inspirará a los creadores del sindicalismo y también la doctrina apolítica de la C. G. T. La obra de Proudhon es un metal en fusión, verdaderamente infernal, de la que mil formas pueden salir. No proporciona inmediatamente un método de vida. Con todo, en esa fragua tenebrosa fueron lanzados algunos gritos que debieron resonar en el corazón de los oprimidos y mostrarles que ese Vulcano trabajaba por ellos. Así su artículo del 11 de Agosto de 1848 contra los *Malthusianos*, magnífico estallido de rebelión contra un régimen que no se concibe «sin una organización cualquiera de homicidio». Es la propia voz de Espartaco la que se deja oír aquí. «*Es necesario que todo el mundo viva.*» A veces una intuición esplendorosa parece prometer que la conjunción de lo real y de la idea se ha operado en él. «Tenemos el principio revolucionario, el dogma revolucionario— exclama en su *Toast* del 48—. ¿Qué nos falta para cumplir la obra que la Providencia ha confiado a nuestras manos? Una sola cosa: *práctica revolucionaria.*» Los comentadores y los polemistas han revelado muchas otras contradicciones en esta obra en la que el pensamiento deslumbrante corre tantos riesgos, incluso aquel de disolverse

en el vacío metafísico. Habiendo declarado en las primeras páginas de sus *Confesiones* que la Revolución no podía hacerse sino *por abajo*, Proudhon, volviendo a su desesperación, declara en su *Post-Scriptum*: «La revolución, como los elementos que combina, existe por sí misma; no viene, a decir verdad, ni de *arriba* ni de *abajo*...» Y unas líneas antes: «La revolución del siglo XIX no ha nacido en el regazo de ninguna secta; no es el desarrollo de ningún principio especulativo, la consagración de ningún interés corporativo o de clase.» Y no obstante, es Proudhon, con su cabeza desgredada, quien durante medio siglo encarnará la revuelta activa, tensa, regañona y nerviosa de la clase obrera francesa. Así es como aparece frente al sutil M. Thiers, a quien hostiga y desinfla en medio de la irrisión y del escándalo de la Asamblea Nacional, en sus sesiones de Julio de 1848, en la última de las cuales, el 31, estallan las palabras decisivas: «He aquí, pues, independientemente de los medios y arbitrios, el sentido de mi proposición, que ahora paso a examinar. 1.º Denunciación de la propiedad de la clase burguesa, según el sentido y el fin de la revolución de Febrero. 2.º Intimidación dirigida a los propietarios para proceder a la liquidación social y entre tanto exigirles contribuyan a la obra revolucionaria; los propietarios serán responsables de las consecuencias de su rechazo sin reservas... —¿Cómo sin reservas?, exclamó la Asamblea. Y un diputado de Nièvre (se llamaba Dupin), burlándose: «Es muy claro. La bolsa o la vida.» La indignación llega a su colmo. Se insta al presidente a pedirle explicaciones al orador.

«El ciudadano presidente.— El orador ha oído la exigencia; lo invito a explicarse.

El ciudadano Proudhon.— Significa que en caso de rechazo nosotros mismos procederemos a la liquidación, sin ustedes. (Violentos murmullos.)

*Numerosas voces.*— ¿Ustedes? ¿Quiénes son ustedes? (Agitación.)

El ciudadano Ernesto de Girardin.— ¿Se refiere usted a la guillotina?

(Ruidos. Diversas preguntas son dirigidas al orador desde muchas partes.)

El ciudadano presidente.— Invito a todo el mundo a callar. El orador tiene la palabra para explicar su pensamiento.

El ciudadano Proudhon.— Al emplear los pronombres *ustedes* y *nosotros*, es evidente que yo me identificaba en aquel mo-

mento con el proletariado y que identificaba a ustedes con la clase burguesa. (Nuevas exclamaciones.)

El ciudadano Saint - Priest. — ¡Es la guerra social!

\* \* \*

Era la guerra social, en efecto. Pero allí donde declaróse más abiertamente fué en el grupo de los *Anales francoalemanes* concebidos en París, en 1843, por Arnoldo Ruge y Carlos Marx y a cuyo programa asociáronse Feuerbach y Bakunin. Ellos se proponían «informar a todos bajo la forma más viva y más artística posible, acerca de cuanto atañía al gran trastorno que se operaba en el viejo mundo». Eran los alemanes de París, aquellos que María d'Agoult, amiga del simpático y ardoroso poeta Jorge Herwegh, llamaba los «políticos hegelianos», que iban a convertirse en los testigos más lúcidos de la época y comprender y revelar claramente a donde llevaba todo ese hormigueo de ideas y de utopías. Es memorable la gran profecía de Enrique Heine, en 1843: «Tarde o temprano la dispersa familia de Saint - Simon y el estado mayor de los fourieristas se pasará al ejército creciente de los comunistas, prestando sus fórmulas a la fuerza bruta y jugando un papel semejante al de los padres de la Iglesia.» Algunos meses más tarde Heine conocería a Marx y una amistad grave y comprensiva unirá al elegíaco y al doctrinario. Ante las perspectivas que este último le describe, la tierna mirada del poeta no pestañea. Pues él también, aunque por intuición y no por el razonamiento y la observación, ha comprendido a su época, y la acepta con tranquila lucidez. Voluptuoso, cínico de suyo, profundamente, divinamente frívolo, es capaz de apartar la mirada. Pero este *amor fati* que uno encuentra en tantas grandes almas alemanas se halla también en la suya, y el «heleno», que él se proclamaba, tiende la mano y sonríe a los «nazarenos». Acepta el advenimiento de los hombres fieros e implacables que reorganizarán el mundo aun al precio de algunos placeres y aún a riesgo de que los propios versos de Heine sirvan un día para cucuruchos al almacenero. Más todavía: se dispone acompañar a esos hombres en su empeño para que pueda decirse también de él que fué «un soldado valeroso en la lucha por la emancipación humana». Sabe que ser poeta lírico no es, como se cree vulgarmente, acunarse y acunar al público en ilusiones, sino por el contrario, distinguir la realidad

con ojo más claro y más agudo. Ha comprendido que los comunistas poseen el secreto de la «lengua universal», cuyos elementos «son tan simples como el hambre, el deseo y la muerte». Esto se aprende rápidamente — añade — y su garganta de ruiseñor acompasa el terrible jadeo de los tejedores silesianos: *Wir weben, wir weben...*

Vuela la lanzadera, el telar rechina;  
Día y noche, noche y día no termina...  
Vieja Germania, tu sudario aquí hacemos  
Y en él una triple maldición tejemos,  
Tejemos, tejemos.

Marx había comprendido, como Heine, lo que había que aguardar de Francia, de todas las energías en ella latentes, de la vivacidad de espíritu y de fisonomía del pueblo francés. «En Alemania, decía, puede medirse la inteligencia y el liberalismo (*affranchissement*) de una persona por su juicio acerca de Francia. Cuando más confusa es la inteligencia de un alemán y más servil su manera de pensar, más injusta y errónea será su opinión sobre Francia. Tratará de inmoral la fuerza y la grandeza de una nación que ha conquistado para Europa libertades de que ahora goza el mundo y de frigidéz de alma la omisión del filisteísmo a que ajusta su conducta personal, negándose a reconocer en esos franceses sin religión todo sentido de felicidad familiar. Quien comprende y estima en Alemania a los franceses es de por sí un espíritu cultivado, un hombre libre.» Con esa otra alma gemela que encontrará en París en Septiembre de 1844, Federico Engels, se convertirá en el testigo de las agitaciones francesas del 48 como lo será de la Comuna. Sin duda someterá a los utopistas franceses a una severa crítica, sin duda se mostrará decepcionado de los socialistas con que se topa en París y sobre todo, de Proudhon, contra quien, tras haberle «inyectado hegelianismo», elevará una resonante y cruel polémica. Pero sabe también y no deja de proclamarlo, cuánto debe a ese movimiento. Es el que le proporciona el elemento más vívido de su sistema.

Se ha escrito suficientemente alrededor de tales polémicas para que sea inútil insistir aquí. Algunas frases tomadas al azar de los artículos de Marx de esa época, de la *Introducción a la crítica de la filosofía hegeliana del derecho* o de la *Santa Familia* bastan para recordar en qué consiste el golpe de genio de Marx, ese pensamiento que a cada instante se reintegra a

la acción y a lo real, vuelve al esfuerzo terreno y carnal del presente, aquello que es aspiración, especulación y ensueño. En una palabra, funda un humanismo.

«No nos perderemos en anticipaciones dogmáticas sobre el mundo de mañana; lo buscaremos primero criticando el de ayer. Hasta hoy los filósofos tenían la solución de todo en su gaveta; el vulgo profano no tenía más que abrir la boca para que le cayeran en ella las codornices asadas de la ciencia absoluta... Nosotros proponemos al mundo nuevos principios desarrollando los principios del mundo... La época debe comprender por sí misma el sentido de su lucha y de sus aspiraciones.» «Es preciso hacer la opresión aun más dura añadiendo a su peso efectivo la conciencia de tal opresión, es preciso hacer la vergüenza aún mayor sacándola a la luz del día, es preciso imponer el paso de danza a esta situación parálitica cantándole sus propios aires.» «Dónde hallar... una posibilidad positiva para la emancipación de Alemania? Respuesta: En la formación de una clase extrema, de una clase de la sociedad burguesa al margen de la sociedad burguesa; de un mundo a quien sus sufrimientos universales dan carácter universal, que no puede invocar ningún derecho, porque lo que sufre no es una injusticia particular sino la injusticia en general; que no puede aducir ningún título histórico, sino uno y único y exclusivo: el de la Humanidad; que no está en parcial oposición con las consecuencias, sino en oposición total con los fundamentos del Estado alemán; de una órbita social, en fin, que no puede emanciparse sin emanciparse de todas las demás y sin emancipar al mismo tiempo consigo a todas las demás órbitas de la sociedad, que implicando, en una palabra, la pérdida total del hombre, sólo puede reconquistarse a sí misma reconquistando al hombre en su totalidad. Esta disolución de la sociedad en una clase al margen de ella es el proletariado.» «La única emancipación de Alemania prácticamente posible debe basarse en el principio que declara que el hombre es el ser más alto para el hombre.» «La filosofía no puede realizarse sin la abolición del proletariado ni el proletariado extinguirse sin la consumación de la filosofía.» «Si los escritores socialistas asignan al proletariado esta misión en la historia universal, no es porque lo tengan por una divinidad. Al contrario. El proletariado puede y debe necesariamente emanciparse a sí mismo, porque en él, en el proletariado culto, se ha consumado prácticamente la abstracción de toda humanidad, porque en las condiciones de vida del proletariado cobran su expresión más inhumana

na todas las condiciones de vida de la actual sociedad, porque el hombre se ha perdido a sí mismo en su seno, pero conquistando al mismo tiempo no sólo la conciencia teórica de esta pérdida, sino también, directamente, por imperio de una necesidad absolutamente coercitiva, imposible de esquivar, el deber y la decisión — expresión práctica de la necesidad — de alzarse contra esta situación inhumana. Pero el proletariado no puede emanciparse sin superar sus propias condiciones de vida. Y no puede superar sus propias condiciones de vida sin superar al mismo tiempo todas las condiciones inhumanas de vida de la sociedad, que se cifran y compendian en su situación. No en vano tiene que pasar por la dura pero forjadora escuela del trabajo. No se trata de saber qué es lo que tal o cual proletario, ni aun el proletariado en bloque se proponga momentáneamente como meta. De lo que se trata es de saber qué es el proletariado y qué misión histórica se le impone por imperio de su propio ser; su meta y su acción históricas están visible e irrevocablemente predeterminadas por la propia situación de su vida y por toda la organización de la sociedad burguesa actual... «El comunismo no es para nosotros una situación que deba ser creada, un ideal destinado a orientar la realidad. Llamamos comunismo al momento efectivo que suprimirá la situación presente. Las condiciones del movimiento están determinadas por esta situación.»

En sus polémicas con Proudhon, en su continua polémica con la sombra de Hegel y las sombras a que ha reducido a los hombres la filosofía de Hegel, en su esfuerzo por aplicar a una realidad inmediata la dialéctica hegeliana, Marx resume la época, adquiere conciencia de modo concreto y recuerda incesantemente al hombre que *el hombre es el ser más alto para el hombre*. Palabras inolvidables en las que se saborea todo lo que hay de deleitoso y exaltador en esa forma de pensamiento. Mil aspiraciones indecisas se cristalizan de golpe. Sin duda esta seguridad es conseguida tras un prodigioso esfuerzo de concentración. Era preciso en las investigaciones de Marx y Engels, en su avidez de abarcar todos los conocimientos del día, en su propio intercambio epistolar, en fin, una sinceridad, un desprendimiento, un rigor, una pasión llevados al extremo de lo posible, para que su acción y su pensamiento en común resistan tanto ejercicio y se conserven a ras de tierra sin permitirse jamás una sola escapada a las nubes. Asistimos a una de las más extraordinarias tentativas que el pensamiento humano haya llevado a cabo desde Descartes. Y a una opera-

ción de la misma índole. No se trata de la creación arbitraria de una nueva religión, de un nuevo dogma. Se trata de hallar la fórmula que ofrezca la expresión más precisa y eficaz de la realidad actual. Es así y de tal modo como el espíritu actúa sobre las cosas. Se discute de continuo acerca de la manera que las ideas influyen en la historia. Y se discutirá siempre sin lograr un acuerdo. Pero ha habido — y es en esas evidencias que puede uno detenerse a respirar una gran bocanada de aire — momentos en el desarrollo de las sociedades humanas en que el espíritu, por un esfuerzo prodigioso, ha establecido relación con las cosas formulándolas del modo más justo. De suerte que partiendo de este principio adquirido y conquistado, el hombre puede retomar más lúcidamente su acción, sentirse más libre de actuar, más legítimamente habilitado y fundado. Descartes ha señalado uno de esos momentos, y Marx otro. El primero ha operado haciendo el vacío y la tabla rasa, retrotrayéndose por un movimiento enérgico formidable sobre ese vacío en que nace la chispa suprema, el acto puro de la conciencia, el *cogito*. De ahí un nuevo nacimiento es posible al hombre, retemplado en sí mismo. Y, asegurada de su razón, la humanidad, ínsita y prometida en el hombre, emprende una nueva conquista de la naturaleza, al mismo tiempo que la explica y justifica. Descartes ha comprendido lo que acontecía en su tiempo, le ha dado nombre y expresión; ha permitido, alentado y precipitado en fin, su desarrollo.

Con Marx efectúase la superación y el salto no por la tabla rasa, sino después de adquirir conciencia de todo el acervo científico y cultural, después de un balance enciclopédico. El espíritu no se ha retirado a invernar: una curiosidad lo ha llevado a absorberlo todo y por el diálogo con un espíritu de igual raza, y con los núcleos que al mismo tiempo investigan y se agitan hace la prueba y contraprueba de sus hallazgos y se esfuerza en procurar a sus definiciones una precisión cada vez más exclusiva. El pensamiento acepta la historia, se sitúa en el tiempo, tira y deduce del momento actual sus nuevas voliciones. Capta todas las inquietudes del ambiente y busca de instancia en instancia discernir su verdadero origen. Mide lo relativo de toda cosa, su dependencia de una causa desconocida y arroja las máscaras, denuncia las ilusiones. Sin duda los utopistas, los reformadores, los corazones de buena voluntad como los fieros rebeldes expresan ya los males de la época. Pero se impone abarcar de cerca esta expresión, llevarla al punto en que adhiere completamente a

lo real. Pues cualquier palabra superflua, cualquier inexactitud, cualquier desborde, cualquier bravata verbal, constituye una falta inexpiable, un extravío para lo porvenir, un peligro y una pérdida de tiempo. Estamos en el punto donde el pensamiento va a confundirse con la acción y es preciso librar a ésta, en forma segura, de incidencias y contragolpes inútiles. Es preciso que todas las pruebas del pensamiento sean aliciente de esa *práctica*, cuya necesidad atisba Proudhon en un relámpago de inspiración, y de la que Marx, bajo el nombre de *praxis*, hará el elemento orgánico de su filosofía. Nada debe perderse de la energía empleada. A la luz de método tan feroz, la situación económica del hombre aparece de una verdad tal que la elocuencia y la indignación no han conseguido determinar jamás. Un golpe de rigor suplementario conduce a la teoría de la plusvalía, que revela finalmente la relación entre el capital y el trabajo. El proletariado aparece como la única clase revolucionaria, encargada por tanto de una misión inmensa, pues desde adentro, del interior de la naturaleza y de la humanidad parten las transformaciones correspondientes a la naturaleza y a la humanidad. La acción no se realiza desde afuera, desde la idea. El término materialismo adquiere su sentido noble por lo mismo que Marx y Engels critican el idealismo estéril, se alzan contra las interpretaciones vulgares del materialismo. Sobrepasan a Hegel; pero también a Feuerbach. Su dialéctica es actuante de continuo y por doquier, sobre todos los puntos de la lucha intelectual, que asimismo es la lucha social, denuncian aquello que sólo es contemplación, abstracción, dogma y secta. La forma incisiva de Marx, sus cóleras implacables, no son las de un profeta creando una ortodoxia: expresan la vigilancia de una crítica en perpetuo estado de adhesión a lo vivo y de defensa contra el sofisma y la inmovilidad. Su pensamiento es un verdadero pensamiento de guerra y esta guerra sólo puede resolverse en una sociedad sin clases.

Los alemanes de París, filósofos y artesanos — eran sobre todo ebanistas y sastres — fundaron la *Federación de los proscritos*, cuyo espíritu era vecino de aquel de la *Sociedad de los Derechos del Hombre*, después *Federación de los Justicieros*, afiliada, ésta, a las *Estaciones* y en consecuencia más netamente baubuvista y proletaria. Los *justicieros* desaparecieron con el partido de Barbès, en la tormenta de 1839. En 1840 fué fundada en Londres la *Liga de los comunistas*. Pero Marx y Engels no se asociaron a ella. Continuaron su acción priva-

da, difundiendo circulares litografiadas entre los núcleos de Londres y de París, tendiendo a substituir los métodos de infiltración individual de la propaganda y la conspiración romántica de las legiones a la manera de Mazzini, Mickiewicz o Herwegh. No era por medio de expediciones a cargo de aventureros y conspiradores que se liberarían los pueblos, sino por la organización internacional del proletariado. Al fin, estaba preparado el ambiente para su mensaje, y Marx y Engels aceptan participar en el Congreso comunista de Londres. En esta ocasión fueron encargados de elaborar un programa. Ese fué el *Manifiesto Comunista*.

El *Manifiesto Comunista* apareció en alemán, en Londres, en Febrero del 48. Su primera traducción francesa salió en París, pocos días antes de las jornadas de Junio. Estas páginas claras y ardientes donde se define la lucha de clases, el destino del proletariado y la necesidad de completar la interpretación del mundo con su transformación, forman una especie de acompañamiento lúcido a la revuelta del proletariado francés. Pero no desempeñan todavía ningún papel determinante en su historia. Explican y previenen. Aun no hacen de Marx más que un testigo, pero ese testimonio según el movimiento que implica su método queda grávido de consecuencias prácticas y efectivas para el porvenir. Jamás el pensamiento y la acción, lo real y la idea, fueron desposados en forma tan fecunda. Y desde entonces *un espectro ronda por Europa*.



*La minoría opone a la concepción crítica una concepción dogmática; a la visión materialista, otra idealista. A las circunstancias reales, sustituye la mera voluntad como motor de la revolución. Mientras nosotros decimos al obrero: tienes que pasar por quince, por veinte, por cincuenta años de guerra civil y de luchas de pueblos, no sólo para cambiar las circunstancias, sino para cambiarte a tí mismo y capacitarte para el poder; vosotros le decís todo lo contrario: «O conquistáis inmediatamente el poder, o puedes echarle a dormir.» Y en tanto que nosotros enseñamos al obrero alemán, especialmente, el atraso en que está todavía el proletariado de su país, vosotros aduláis de la manera más descarada su sentimiento nacional y sus prejuicios de clase, lo cual es más práctico, desde luego, como medio de conquistarse la opinión. Hacéis con la palabra «proletariado» lo que los demócratas con la palabra «pueblo»; la convertís en un ídolo. Y como los demócratas, queréis adelantarlos al proceso revolucionario enarbolando la frase de la revolución.*

MARX y ENGELS.

## PULIENDO EL LENTE

(Del capítulo así titulado de *To the Finland Station*. Harcourt, Brace and Company)

MARX y Engels — que habían asimilado con notable rapidez el pensamiento histórico y social de su tiempo — se dieron a conocer con una teoría coherente y total, que dilucidaba más misterios del pasado, simplificaba más complicaciones del presente y abría una salida más practicable hacia el futuro que ninguna otra teoría propuesta hasta entonces. Hicieron más aún: introdujeron «el principio dinámico» (una frase usada por Marx en su tesis doctoral) que ponía todo el sistema en marcha, explicaba de modo convincente la progresión de la historia como no lo había hecho antes ninguna generalización histórica, y atraía no sólo nuestro interés hacia un gran drama, sino que nos forzaba a reconocernos parte de él, despertándonos para una noble misión.

El primer esbozo completo lo habían ofrecido al comienzo de su *Ideología alemana*, empezada en Bruselas en 1845; pero como este libro no fué publicado en vida de sus autores, sus ideas no alcanzaron, a decir verdad, difusión hasta el recodo de los años 1847 - 48 en que apareció el *Manifiesto*, escrito para la Liga comunista internacional.

Aquí el lente que Marx y Engels ensayaron fué apartado por completo del mundo abstracto y vago que habitaba el cielo alemán — éste no les intersaba ya ni como asunto de mofa — para enfocar directamente la anatomía de la sociedad actual.

El *Manifiesto Comunista* combina la mordacidad y concisión de Marx, su lógica, que une al pasado el presente, con el candor y la humanidad de Engels, su sentido del rumbo de la época. En ninguna otra parte nos es dado un ejemplo tan elocuente de lo que Engels debía a Marx, ya que podemos comparar el bosquejo inicial de Engels con el resultado final del trabajo de Marx.

El catecismo de Engels, escrito, es cierto, de prisa, es un informe lúcido y autorizado de la situación industrial contemporánea; pero no conmueve gran cosa ni conduce a tal climax. El *Manifiesto*, en cambio, adquiere la densidad comprimida de los altos explosivos. En cuarenta o cincuenta pá-

ginas encierra una teoría general de la historia, un análisis de la sociedad europea y un programa de acción revolucionaria.

Este programa consistía en «el violento derribo de todo el orden social existente» y en la imposición de las medidas que siguen: «1.º Expropiación de la tierra y destinación de la renta del suelo para sufragar los gastos del Estado; 2.º Fuerte impuesto progresivo; 3.º Abolición de la herencia; 4.º Confiscación de la propiedad de todos los emigrados y rebeldes; 5.º Centralización del crédito en manos del Estado mediante un Banco Nacional con capital del Estado y monopolio exclusivo; 6.º Centralización de los transportes por el Estado; 7.º Incremento de las fábricas nacionales y de los instrumentos de producción, cultivo de las tierras improductivas y mejoramiento de los suelos de acuerdo a un plan común; 8.º Trabajo obligatorio para todos; organización de ejércitos industriales, particularmente para la agricultura; 9.º Explotación unificada de la agricultura y de la industria urbana; adaptación de expedientes para el allanamiento de las diferencias entre la ciudad y el campo; 10 Educación pública gratuita de todos los niños. Abolición del trabajo infantil en las fábricas en su estado actual. Combinación del sistema educativo con la producción material.»

Pero presentar el *Manifiesto Comunista* del punto de vista de su evolución es quitarle su impacto en lo emocional y su efecto penetrante de haz luminoso. El proceso contra la actitud marxista logra su máxima elocuencia en la carta de Proudhon que copiamos más abajo.\* Verdad que Marx y Engels

\* «Mi querido señor Marx, consiento gustoso en ser uno de los que reciban su correspondencia, cuyos fines y organización me parece que han de ser muy útiles. No prometo, sin embargo, escribirle mucho ni a menudo; mis ocupaciones de toda índole, juntas con una pereza natural, no me consienten tales esfuerzos epistolares. Me tomaré, pues la libertad de hacer algunas reservas que diversos párrafos de su carta me han sugerido.

«Primeramente, aunque mis ideas respecto a organización y realización estén paradas en este momento, por lo menos en lo que respecta a los principios, creo que mi deber, que el deber de todo socialista, es conservar todavía durante algún tiempo la forma crítica o dubitativa; en una palabra, hago profesión con el público de un antidogmatismo económico, casi absoluto.

«Busquemos juntos, si usted quiere, las leyes de la sociedad, el modo cómo esas leyes se realizan, el progreso según el cual llegamos a descubrir-

eran dogmáticos; verdad que fueron injustos en casos individuales — Engels volvióse casi tan intolerante como Marx, casi tan intolerante como el viejo Gaspar, su padre. Pero hacíase necesario tanto empedernimiento y tanta intrepidez para echar abajo los embustes de la época. Hemos indicado ya cómo de consuno historiadores y socialistas estaban dispuestos a tratar los problemas perturbadores oponiéndolos al ideal capitalizado de virtudes, ideas e instituciones abstractas — una exportación especial de Alemania, precisamente. Estas palabras desempeñaban la misma función que «el bendito vocablo Mesopotamia», del que, según se cuenta, una vieja beata extraña tanto consuelo al dedicarse a la lectura de su Biblia; pero después del *Manifiesto* aquellas no significaron ya lo mismo.

A los que hablaban de justicia, Marx y Engels preguntaban: «¿Justicia para quién?» Bajo el capitalismo es el proletariado quien más a menudo cae víctima de la mayor severidad y es impelido por el hambre al mayor número de crímenes cuando está sin trabajo. A los que hablaban de libertad, respondían: «¿Libertad para quién?» Nunca se podrá liberar al obrero sin restringir la libertad del patrón. A los que hablaban de amor y de vida en familia, que se suponían amagados por el comunismo, contestaban que esas cosas en el actual estado de la sociedad eran posesión exclusiva de la burguesía,

las; pero por Dios, después de haber demolido todos los dogmatismos *a priori* no vayamos a soñar, a nuestra vez, con adoctrinar al pueblo; no caigamos en la contradicción de su compatriota Martín Lutero, quien, después de haber derribado la teología católica, se puso en seguida, con grandes refuerzos de excomuniones y anatemas, a fundar una teología protestante. Desde hace tres siglos, Alemania no se ha ocupado más que de destruir la revocadura hecha por Lutero; no vayamos a preparar nuevas tareas para el género humano con otras capas de yeso. Aplaudo de todo corazón su idea de esclarecer las opiniones; hagamos una polémica buena y leal; demos al mundo el ejemplo de una tolerancia sabia y previsora, pero, precisamente porque nosotros estamos a la cabeza del movimiento, no nos hagamos jefes de una nueva intolerancia, no nos las demos de apóstoles de una nueva religión, aunque esta religión sea la religión de la lógica, la religión de la razón. Acojamos y alentemos todas las protestas, denunciemos todas las exclusiones, todos los misticismos; nunca consideremos una cuestión como agotada, y cuando hayamos gastado hasta el último argumento, volvamos a empezar si necesario es, con la elocuencia y la ironía. En esas condiciones entraré gustoso en su asociación y si no, no.»

pues la familia proletaria era deshecha por el empleo de las madres y los hijos en las fábricas al mismo tiempo que las hijas eran reducidas a la prostitución cuando las minas y los molinos estaban cerrados. A los que hablaban de la Verdad y del Bien, Marx y Engels replicaban que no sabremos su verdadera significación hasta que no tengamos moralistas y filósofos no comprometidos con una sociedad basada en la explotación y libres del riesgo de ser oprimidos.

Por si fuera poco, el *Manifiesto* aún dió expresión a la más amarga protesta que se haya impreso tal vez contra la versión de todos aquellos finos ideales que llegaron a prevalecer durante la era burguesa. «Dondequiera que la burguesía ha conquistado el poder, allí ha destruído todas las relaciones feudales, patriarcales e idílicas. Ha roto sin piedad todos los lazos del feudalismo que ataban al hombre a su superior natural, sin dejar subsistir otro vínculo entre hombre y hombre que el desembozado interés, el inflexible *pago al contado*. Ha ahogado en el agua helada del cálculo egoísta el fervor piadoso, el entusiasmo caballeresco, el sentimentalismo pequeño burgués. Ha reducido la dignidad personal a una operación de cambio y en lugar de los incontables fueros y libertades caramente adquiridos introdujo la sola libertad de comercio sin escrúpulos. En una palabra, en lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas, ha establecido una explotación abierta, descarada, directa y brutal.»

Las últimas palabras del *Manifiesto* con su declaración de guerra a la burguesía, señalan un punto decisivo en el pensamiento socialista. La consigna de la Liga de los Justos había sido: «Todos los hombres son hermanos.» Marx y Engels no la suscribieron. Marx declaró que había toda una categoría de hombres a los que no era posible reconocer como hermanos. Y los dos la substituyeron por la consigna final: «Tiemblen las clases dominantes ante una revolución comunista. Los proletarios sólo tienen sus cadenas que perder en ella. Y todo un mundo que ganar. PROLETARIOS DE TODOS LOS PAÍSES, UNOS!»

La idea de una guerra justiciera y además la idea de un odio justo, substituye al socialismo de Saint-Simon, presentado como una especie de nuevo cristianismo. Los hombres no son ya hermanos; no existe ya una solidaridad meramente humana. Lo «verdaderamente humano» es aquello que se realizará sólo cuando lleguemos a constituir una sociedad sin clases. Entre tanto, los elementos sociales capaces de llevar

a cabo tal futuro — los proletarios privados de sus derechos y los pensadores revolucionarios de la burguesía — en la medida que sientan solidaridad de núcleo entre ellos, deben dejar de sentir solidaridad humana con sus opositores, Sus opositores — que no han dejado «entre hombre y hombre más vínculo que el desembozado interés y el inflexible *pago al contado*» — han destruído irremediamente aquella otra solidaridad.

En otro lugar hemos descrito a Marx y Engels en términos correspondientes a su origen personal y nacional. Puede considerarse el *Manifiesto* como el punto en que alcanzan su estatura moral íntegra, en que asumen con plena conciencia de lo que están haciendo, la responsabilidad de una nueva y heroica misión. Fueron los primeros grandes pensadores de su siglo que intentaron por encima de las clases hacerse internacionales y lo consiguieron mediante una estricta disciplina. Podían juzgar la Europa occidental a través del sentimiento patriótico, de la protesta política, de los sistemas filosóficos y de las demandas prácticas del proletariado, enfocar el proceso social en su totalidad, según asomaba por doquier, y les parecía evidente que todos los movimientos de oposición convergían al mismo gran fin.

En su primera aparición en Londres, en Febrero de 1848, el *Manifiesto Comunista* fué muy poco leído. Se remitieron ejemplares a un par de centenares de miembros de la Liga Comunista; pero no llegó a ponerse a la venta entonces. Probablemente ejerció escasa influencia en los acontecimientos de 1848; y después, con la derrota del movimiento obrero de París, cayó en olvido. Sus autores anotaron en 1872 que se habían hecho dos traducciones al francés y que una docena de ediciones salieron en Alemania. Antes aparecieron traducciones en Polonia y Dinamarca y en 1850 salió una en inglés.

El Manifiesto no menciona a Rusia ni a los Estados Unidos. Al parecer, Marx y Engels creían en aquel tiempo que ambos países eran «los pilares del orden social europeo» — Rusia como «el baluarte de la reacción», una fuente de materia prima para la Europa occidental y un mercado para objetos manufacturados; y Estados Unidos como mercado y receptáculo de la emigración europea. Pero alrededor del sesenta el Manifiesto se hizo digno de una traducción al ruso; y en 1871 aparecieron tres traducciones en los Estados Unidos. Así abrióse camino hacia los «trabajadores de todos los países» a quienes estaba dirigido; y siguió abriéndose en todos los



continentes, en ambos hemisferios, rivalizando con la Biblia cristiana. Mientras escribo, acaba de traducirse al *afrikaan*, un dialecto holandés que se habla en Sud Africa.

Marx y Engels, en plena juventud y a la víspera esperanzada del 48, hablaron en un momento de confianza y de clarividencia como no conocerían otro, y hablaron para ser oídos por todos aquellos que fueron estrujados por el sistema industrial; pero que aun eran capaces de pensar y de luchar.

Hay varias razones por las cuales Marx y Engels no fueron debidamente apreciados como escritores. Por cierto, una de ellas es que sus conclusiones van contra los intereses de la clase que más lee y que crea la reputación de los escritores. La tendencia tanto de los historiadores literarios como de los economistas a boicotear a Marx y Engels ofrece una notable corroboración de su teoría acerca de la influencia de la clase sobre la cultura. Pero hay además otra razón. Marx y Engels no anhelaron la gloria literaria o filosófica. Estaban convencidos de haber descubierto la palanca con que regular el proceso de la sociedad humana, soltar y encauzar sus fuerzas; y aunque ninguno de los dos poseía dotes oratorios o gran talento para manejar políticamente a los hombres, trataron de hacer valer sobre todo su capacidad intelectual para el logro de sus fines revolucionarios. Quisieron que su obra fuera lo que se ha llamado en arquitectura «funcional», cosa que ni el periodismo de Marat ni la oratoria de Danton llegaron a ser. Como sus propósitos eran internacionales ni siquiera se preocuparon de dejar huella en el pensamiento alemán. Así Marx lanzó en francés su respuesta a Proudhon; y los escritos de Marx y Engels del mismo período muestran una mixtura de francés, alemán e inglés — un montón de labor periodística que comprende artículos, polémicas y manifiestos, que sólo recientemente fueron ordenados por los rusos y publicados en forma completa.

Claro que Marx y Engels tuvieron dificultades para hacer eso con su obra filosófica; dificultades de igual índole a las que siguen impidiendo su lectura y difusión. *La ideología alemana*, por ejemplo, que representa un gran esfuerzo de ambos, sólo fué publicada fragmentariamente mientras vivieron. Si bien contiene la primera y completa formulación de su punto de vista general, aceptaron su mutilación, pensando

que aquella formulación era importante ante todo para ellos mismos. «No queremos — decía Engels — ofrecer en ponderados volúmenes estas nuevas conclusiones científicas a los sabihondos profesionales. Al contrario. Ambos entramos con camas y petacas al movimiento político; tenemos cierta conexión con el mundo académico... pero relaciones íntimas con el proletariado organizado. Estábamos en el deber de dar un firme fundamento científico a nuestro punto de vista; pero no era menos nuestro deber procurar el convencimiento del proletariado europeo en general y del alemán en particular. Una vez aclarada esta cuestión ante nosotros mismos, empezamos a actuar.»



*El proletariado antes de arrancar su triunfo en las barricadas y en los frentes de batalla, anuncia el advenimiento de su régimen por una serie de victorias intelectuales.*

MARX.

*¿Cuál es la diferencia... si ustedes aprueban leyes antisocialistas contra sus propios camaradas? A mí personalmente no me importa. No hay partido en el mundo que pueda condenarme al silencio cuando estoy dispuesto a hablar. Pero creo que debieran ustedes reflexionar si no sería sensato que ustedes fueran un poco más comprensivos y un poco menos prusianos en su comportamiento. Ustedes — el partido — necesitan de la teoría socialista y esa teoría no puede existir a no ser que haya libertad en el partido.*

ENGELS.

*Las transformaciones políticas realizadas en una dirección efectivamente democrática, y tanto más las revoluciones políticas, no pueden nunca, en ningún caso, y sean cuales sean las circunstancias, velar ni debilitar la consigna de la revolución socialista. Por el contrario, siempre la aproximan, amplían la base para ella, incorporan a la lucha socialista nuevos sectores de la pequeña burguesía y de las masas semiproletarias. Y por otra parte, las revoluciones políticas son inevitables en el proceso de la revolución socialista, que no debe considerarse como un acto único, sino como una época de violentas conmociones políticas y económicas, de la más encarnizada lucha de clases, de guerra civil, de revoluciones y de contrarrevoluciones.*

LENÍN.

## VOLUNTARISMO Y PEDAGOGIA DE LA ACCION EN MAZZINI Y EN MARX

MAZZINI y Marx, por el programa que ambos tenían igualmente, para despertar grandes movimientos de renovación en las masas, se han encontrado asimismo en el deber de oponerse desde un comienzo y por igual a una doctrina filosófica, que el primero halló difundida en su propio país, donde ansiaba estimular las energías dormidas, a fin de impulsarlas hacia la conquista de su destino, y el segundo, avistando las corrientes socialistas de su tiempo, cuyas esferas utopistas quería substituir por una intervención activa del proletariado, encaminada a forjarse su porvenir. Esa doctrina era la del sensualismo francés, que se había difundido en el pensamiento italiano por influjo de Condillac y encontrado por otra parte amplia acogida en el socialismo utopista como fundamento filosófico, tras el ejemplo de Helvetius, que soñaba con una hermandad perfecta como resultado de una perfecta legislación.

En Italia, donde el sensualismo y la ideología franceses desembocaban con Foscolo y más aún con Leopardi, en la conclusión de un fatalismo pesimista, que cortaba de raíz toda energía activa en la desolación del escepticismo, Mazzini experimenta más fuertemente aún que otros pensadores (de Galluppi a Gioberti) la necesidad de reaccionar contra lo que Rosmini llamaba: «alternativa entre la desesperación y la locura.»

Se necesitaba una filosofía nueva y muy distinta para salvar a los espíritus del escepticismo y del pasivismo; se necesitaba una fe animadora de la acción, que volviera a dar a los hombres conciencia de ser ellos mismos quienes forjan su destino, empujándolos al ejercicio de su acción para el logro de sus propósitos.

«El mundo es un espectáculo (escribía Mazzini), es un campo de batalla, donde los que aman lo justo, lo santo, lo bello deben cumplir todos con su deber, soldados o jefes, victoriosos o mártires.» (*Scritti editi e inediti*, VI, 281.)

Estas palabras y mejor todavía las que las preceden: «nosotros estamos en este mundo no para *contemplan* lo creado

sino para *transformarlo*», tienen su correspondencia en esta glosa de Marx a Feuerbach: «los filósofos no han hecho más que *interpretar* de distintas maneras el mundo, pero se trata de *cambiarlo*.» Lo que expresa con igual energía una orientación voluntarista contra todo intelectualismo abstracto.

Sin embargo, en aquellas *glosas* Marx quería oponerse a una forma particular de intelectualismo, es decir, al sensualismo que atribuía al hombre pasividad frente a su medio y lo tornaba por tanto impotente para cualquier acción innovadora, a pesar de los sueños utopistas de Helvetius y de Owen. Los revolucionarios, decía Marx en la glosa inicial, dan un hondo significado a la actividad práctico - crítica que el materialismo en cambio no logra entender; y por eso solamente ellos conciben de modo racional y comprenden mediante la *subversión de la praxis* el proceso de variación simultánea del ambiente y la actividad humana. (Glosa III.)

Así ambos habrían podido expresar su finalidad por medio de las siguientes palabras de una carta de Mazzini (*Epist.* I, 37): «nous voulons remuer cette terre jusqu' aux entrailles; nous voulons bouleverser cette eau morte, soulever le flot de l'activité populaire.» Así por esa necesidad común de oponer a la pasividad del sensualismo el principio de la actividad luchadora, innovadora, *revolucionaria* de los hombres, ambos se encuentran llevados a afirmar enérgicamente una filosofía y pedagogía de la acción.

La idea de que la educación no se realiza mediante los libros, la escuela, la propaganda, sino mediante la acción ha sido (como lo notó De Sanctis) la idea original de Mazzini, la que caracteriza su escuela. La acción insurreccional con los peligros que implica y el sacrificio que impone a menudo, es educación del carácter y formación de la conciencia. «Y únicamente la conciencia puede emancipar a los pueblos» (dice Mazzini, *Scritti ed. e ined.*, v, 678), la conciencia nueva, creada y forjada por la acción, a través de luchas que son de suyo conquistas, de derrotas que son en realidad victorias, pues la victoria más importante y eficaz es la que se logra contra los obstáculos que impiden a la conciencia desplegar su energía y poder de acción.

«Hay que luchar por la libertad, la patria, la humanidad mientras se tiene vida; luchar siempre, de cualquier modo, afrontarlo todo, desde la muerte hasta el ridículo; afrontar odio y desprecio, actuar porque se debe y no por otra cosa; actuar porque el hombre que tiene fe y no actúa por ella se

vuelve una máquina y reniega de la vida moral que lo diferencia de las bestias; actuar aun estando solos en el mundo, actuar sin atenerse al éxito rápido o lento; el deber, cualquiera sea su suerte, derrota o victoria no alteran el deber.» «El progreso está en la conciencia del progreso. El hombre tiene que conquistarlo paso a paso con el sudor de su frente. La transformación del medio en que vive no se realiza sino cuando él la merece, y no puede merecerla sino luchando, purificándose, mediante el sacrificio, las obras fuertes, los dolores santos. Hay que educarlo no para gozar sino para padecer por el prójimo y luchar por la salvación del pueblo.» Luchar siempre de nuevo sin desalentarse ante las derrotas, sino sacando de ellas nueva conciencia y nuevas fuerzas: «esta escuela de constancia, no de resignación, esta escuela de alzarse y caer y alzarse de nuevo mil veces y no desanimarse ante la primera ni la segunda caída, es la que hay que ofrecer a los pueblos.» Mediante la educación se forman los hombres. «De eso más que de ninguna otra cosa necesita hoy Italia: de hombres que encarnen una fe y la manifiesten no en palabras sino en acción; hombres que enseñen a los jóvenes con el ejemplo de sus vidas la armonía entre la doctrina y la práctica, que los estimulen a conspirar y conspiren con ellos.» (*Scritti ed. ined.* I, 309; VIII, 204; XXV, 186 sig.)

De ahí procede la exaltación de Dante. Dante empuja hacia la misión, el deber, la acción, el sufrimiento, el martirio; por eso lo elegimos desde nuestra primera juventud como nuestro protector. El experimentaba la virtud creadora de la acción (carta a D. Stern, 57). Y en otra carta al mismo D. Stern: «Recuerdo un pasaje de Krasinski, vigoroso escritor polaco. Dios le dice al poeta: «Anda y sea tu vida la acción», aun si se te secara en el pecho el corazón; aun si tuvieras que dudar de tus hermanos; aun si perdieras toda esperanza en mi ayuda: vive de continuo y sin descanso en la acción.» Y en una carta a Georges Sand: «los pueblos, como los individuos sólo se regeneran por medio de la acción. Esta es para el movimiento social lo que es la intuición para el movimiento filosófico: suya es la iniciativa.»

Igual en otras cartas: No basta el no hacer, hay que hacer; «la vertu c'est l'action; la vertu c'est le sacrifice; la vertu c'est avant tout la constance dans l'action et dans le sacrifice.» Lo cual significa toda una cadena de eslabones por ser la constancia hija de la misma acción anterior: «la acción crea la acción», «la acción se enseña mediante la acción» a uno

mismo y a los demás. (*Epist.* III, 72. 147, 233; *Scritti ed. ined.* XVIII, 27 y v, 46). En la acción se ve y demuestra que «el hombre que quiere de veras lo puede todo»; pero su fuerza está en una exigencia interior: ¡actividad y valor!, multipliquémonos, superémonos a nosotros mismos; y esta exigencia debe ser animada por una clara conciencia de lo que sigue: «de nosotros, de nosotros mismos debemos esperar nuestros destinos; no cesaré de repetirlo mientras tenga vida.» (*Epist.* I, 39 y 52)

Esta conciencia es idéntica a la que desde 1846 Marx y Engels querían despertar escribiendo: «La necesidad da a los hombres la fuerza; quien tiene que ayudarse, ayúdase de por sí. Y por eso las condiciones reales de este mundo nos gritan: las cosas no pueden quedar tal cual, hay que cambiarlas y nosotros mismos, nosotros los hombres debemos cambiarlas.» (*Volkstribun* de H. Kriege, 1846.)

*Nosotros mismos, sólo nosotros:* estas expresiones no significan ni en Mazzini ni en Marx los individuos aislados; al contrario, contra toda forma de individualismo, ambos afirman igualmente la prioridad de la vida social sobre la individual y el valor del pueblo o de la masa como verdadero sujeto y autor de la historia.

Sin embargo, ambos coinciden con el individualista Carlyle en reconocer toda la virtud creadora de la historia en la acción, que resuelve y supera cualquier duda e incertidumbre. Lo que Mazzini decía poéticamente con Krasinski, Engels afirmábalo con Carlyle: «cualquier clase de duda puede solucionarse mediante la acción» (*Die Lage Englands*). Ya Feuerbach había escrito en sus *pensamientos*: «lo que tienes que hacer es vivir y actuar. Las dudas que no puede resolver la teoría desaparecerán en la acción.» Y Engels repetía: «Los hombres actúan antes de argüir. En el comienzo era la acción. Y la actividad humana había solucionado la dificultad mucho antes de que la inventara el sofisma humano. *The proof of the pudding is the eating.*» (Pref. al folleto: *Socialismo utópico y científico.*)

Ahora bien, justamente por esa virtud de persuasión y eliminación de la duda y la incertidumbre, la acción posee para Marx y Engels, no menos que para Mazzini, un insuperable poder de formación y reforzamiento de las conciencias.

De acuerdo con semejante convicción, el *Manifiesto de los comunistas* teorizaba en 1848 una pedagogía de la acción, que, al atribuir a la lucha en sí y como tal un papel formati-

vo de las conciencias, no difiere del concepto de Mazzini acerca de la misma, considerada como victoria hasta cuando exteriormente aparece como derrota. El *Manifiesto* dibuja el proceso histórico del movimiento proletario, desde que «los obreros empezaron a coalicionarse contra los burgueses» y «aquí y allá la lucha se vuelve insurrección»; y observa que aun cuando las victorias que los obreros pueden lograr de cuando en cuando, en medio de muchas derrotas, sean victorias efímeras, «sin embargo, el resultado verdadero de su lucha no está en el éxito inmediato, sino en la organización más extensa de los trabajadores», «esa organización de los proletarios en clase que se vuelve cada vez más fuerte, más sólida y poderosa» a través de la acción.

De este modo, la idea expresada ya por Marx en su *Para la crítica de la filosofía de Hegel*, es decir, que la posibilidad de emancipación estaba en la *educación* de la clase trabajadora, se hacía cada vez más precisa al ponerse de relieve el papel de la lucha y la acción en la formación de la conciencia de clase. Engels lo había explicado aun mejor en su escrito *Die Lage der arbeitenden Klassen*, donde (siguiendo a Carlyle) comparaba la abyección inconsciente de los irlandeses que seguían viviendo en la miseria más humillante, con el despertar de la conciencia de opresión y el antagonismo de clase, determinado en los ingleses por el hecho mismo de la lucha. Sin esta lucha, agrega Marx en su *Anti-Proudhon*, el proletariado forma «une classe vis-à-vis de la classe dirigeante, mais pas encore pour elle même.»

La lucha, aun cuando alcanza la derrota (observa Engels), tiene su resultado y fin verdaderos en la formación progresiva de la solidaridad y conciencia de clase. El papel que cumplen las insurrecciones en una nación oprimida, según el pensamiento de Mazzini, lo cumplen, según Engels, las huelgas en el proletariado; son una formación y educación de la conciencia, una escuela de guerra, que saca a los luchadores de la muerte espiritual, de la adaptación pasiva, y despierta la conciencia de la solidaridad y la voluntad activa.

Pero hay una semejanza mayor. Hasta en la consideración de los movimientos insurreccionales Marx expresa (cf. *Revolución y contrarrevolución en Alemania en 1848*) la misma idea de Mazzini, es decir, que ellos juegan un papel de educación de las conciencias, y por eso tienen importancia no inferior al éxito, o sea, tienen el rol de una misión que se impone

hasta el sacrificio y nadie puede sustraerse sin merecer el reproche de traición.

«Es verdad (escribe Marx) que la asamblea y el pueblo si hubieran resistido habrían padecido acaso una derrota y muchos miles de hombres habrían muerto sin lograr impedir la victoria del partido realista. Pero esta no era una razón para someterse sin luchar. Una derrota fuertemente resistida tiene importancia revolucionaria no menor que una victoria conseguida con facilidad. Las derrotas de París, en Junio de 1848 y de Viena, en octubre del mismo año, contribuyeron a despertar el alma del pueblo mucho más que las victorias de Febrero y Marzo. La asamblea y el pueblo de Berlín habrían probablemente tenido igual suerte, pero habrían dejado en el espíritu de los sobrevivientes un deseo de venganza que en tiempos revolucionarios es uno de los más poderosos estímulos para la acción enérgica y vehemente. Claro que en cada lucha quien acepta el desafío corre el riesgo de la derrota; pero quien cede sin obligar al enemigo a intentar el asalto, merece siempre ser tratado de traidor.»

Muy justamente Longobardi (*La conferma del marxismo*, 1921) ha sintetizado estas declaraciones en un principio que expresa igualmente la idea inspiradora de Marx y de Mazzini: «una educación revolucionaria puede realizarse por medio de la acción revolucionaria.» En el caso de la revolución de 1848 Marx piensa como Mazzini en la acción insurreccional; pero habitualmente él y Engels se refieren a la acción de la clase proletaria en todas las formas apropiadas al fin que persiguen. Por tanto, la pedagogía de la acción que en nuestro siglo se ha creído con mucha frecuencia una intuición genial de Jorge Sorel, era una idea muy anterior, común a Mazzini y a Marx y Engels, que tenían todos la convicción de que la renovación social y política, objeto de sus aspiraciones, debía empezar en la conciencia para desarrollarse en la praxis revolucionaria y subvertir luego las condiciones exteriores del medio ambiente.

Hay que agregar que no era de ningún modo extraño a Mazzini ni la relación entre la renovación de la conciencia y el cambio del ambiente, definida por Marx como *subversión de la praxis*, ni la dependencia misma en que la concepción crítico-práctica marxista, del proceso social de la educación por medio de la praxis, colocaba el cambio interior de los espíritus con respecto a las condiciones reales del ambiente y a su transformación. Mazzini escribía en efecto: «los autores

de filosofía moral olvidan que no se puede transformar al individuo y mejorarlo, mientras viva en un ambiente de corrupción, y que el tejedor de Glasgow, el canuto de Lyon, el siervo de Galicia, el obrero que trabaja catorce o dieciseis horas diarias para vivir sin certidumbre del mañana, no tienen tiempo de leer aun cuando sepan hacerlo, ni reflexionar; prefieren interrumpir la sensación desagradable de la fatiga en el vino y el sueño.» (*Scritti ed. ined.* v, 281). No puede haber educación si no hay transformación simultánea del ambiente y las condiciones de vida. Y en una carta a Pierre Leroux publicada por Thomas (*P. Leroux*, París 1904, p. 320 sig.), Mazzini establecía en los términos siguientes los caracteres diferenciales entre él y el filósofo francés: «Vous, Tremegiste, vous voulez que les hommes se régénèrent par eux-mêmes; je me sens dans l'âme quelque chose du Spartacus, et je n'entends pas qu'on puisse guérir un pestiféré sans purifier d'abord le milieu dans lequel il se trouve. Or cette purification des milieux s'appelle insurrection.»

He aquí la *umwälzende Praxis*, la praxis revolucionaria de que habla Marx, considerándola el único medio de entender «la coincidencia entre el cambio del ambiente y el de la actividad humana». Mazzini expresaba esta idea en una carta de 1839 a su madre: «el gran secreto es el de reorganizar la educación. Pero ¿cómo puede hacerse? Mediante la fuerza, es decir, las revoluciones, y mediante la educación reorganizada, de acuerdo con nuestras ideas, después, en seguida. Por eso yo soy revolucionario.»

Marx, por cierto, pone de relieve más claramente la continuidad gradual del proceso, que podría definirse como una revolución en permanencia; sin embargo, también Mazzini habla repetidas veces de ese proceso de conquista que el hombre debe cumplir «paso a paso con el sudor de su frente».

Las semejanzas no borran sin duda la honda antítesis de inspiración filosófica, religiosa y mística en Mazzini, realista y humanista en Marx: pero son signos del tiempo, es decir, de aquella época de 1848 que ha quedado en la historia como ejemplo típico de edad revolucionaria.

*Las revoluciones son las manifestaciones sucesivas de la justicia en la humanidad. Por eso toda revolución tiene su punto de partida en una revolución anterior.*

PROUDHON.

AL RECORRER en mirada retrospectiva el siglo que termina en 1948, el estudioso de historia observa a un mismo tiempo lo que el hombre ha ganado científicamente en sus conquistas sobre la naturaleza y lo que ha perdido en materia de libertades. Es de notar que los adelantos de la ciencia, especialmente en los últimos cuarenta años están encaminados principalmente a aumentar la rapidez de las comunicaciones y la capacidad destructora de la especie. Al aumentar la posibilidad de hacer daño la sociedad pretende neutralizarla reduciendo en proporción las libertades del individuo. El día en que un hombre pueda llevar consigo elementos explosivos ocultos en sus ropas y de suficiente poder para reducir a la nada una gran ciudad, y a un mismo tiempo sea dueño de algún aparato que le permita elevarse en los aires a gran velocidad huyendo de la justicia, la libertad de locomoción y la de industria de explosivos sufrirán limitaciones apenas concebibles hoy para defensa de la sociedad.

Hace cien años el hombre era mucho más libre que hoy. Las leyes presentes garantizan muchas libertades pero las prácticas de gobierno las hacen nugatorias. Marx, Engels, Bakunin, Kosciuszko cambiaban de residencia en la Europa de hace cien años, según les convenía para la difusión de sus ideas o para procurarse elementos de vida. «América para los americanos» y «América para la humanidad» fueron principios de vida internacional en este continente y a ellos se debe la creación de grandes y prósperas nacionalidades al norte y al sur del hemisferio. Hoy se limitan las cuotas de inmigración mediante cálculos mezquinos y sórdidos temores. Aumentan las nacionalidades y con ellas las fronteras, los recelos, la inhumana competencia entre individuos, razas y naciones.

Este violento contraste entre las conquistas del hombre sobre la materia y las libertades de que puede gozar en la vida común con sus semejantes es de fácil explicación. Tales conquistas de acuerdo con la constitución actual de los gobiernos y de las sociedades sirven siempre para hacer más fuertes a los gobiernos para defenderse de enemigos internos o exteriores y también para extender, en relación con el adelanto de la industria y de las comunicaciones, la capacidad explotado-

ra de las grandes empresas. En otras palabras, la ciencia aplicada a la inventiva humana realiza en sus avances grandes ventajas para aumentar las riquezas existentes en favor de unas clases, sin aumentar en la misma proporción las comodidades de los obreros o empleados sin hacienda. La grieta moral que separa a estas dos colectividades crece con el tiempo y con los adelantos de la ciencia no sin hacer más perceptible el contraste cada día con la difusión de la instrucción en las clases menos favorecidas.

Sin el desequilibrio hasta ahora permanente entre las diversas clases sociales, sin la creencia en el criterio fundado o sin fundamento de los más que son los que viven por sus manos de que ese desequilibrio proviene de una injusticia social reformable en su concepto, los adelantos de la ciencia de por sí son moralmente neutros y en este orden de aplicaciones a la vida de las sociedades deberían contribuir por igual al aumento de las comodidades de todos los asociados sin gravamen sobre sus libertades para ninguno de ellos.

El siglo XIX ha sido calumniado con epítetos injuriosos, pero no puede negarse que fué el siglo de la libertad. Los principios del 89, combatidos oscura o francamente por alianzas poderosas, se difundieron, sin embargo, por toda Europa y fueron el muelle vital de los hombres que sacudieron aquella parte del mundo cuando mediaba el siglo pasado. Muchos tronos temblaron entonces, algunos cayeron con reyezuelos y tiranos de farsa para volver a levantarse con el auxilio de los poderosos confabulados contra los pueblos y abierta y públicamente contra la «democracia» como lo había promulgado la Santa Alianza desde 1815. Pero no obstante el exceso de la reacción, en 1848, el curso de la historia señala el avance de las ideas de libertad, de igualdad y de justicia o a lo menos de equidad.

La historia política del siglo XIX es la de las conquistas de los pueblos en sus aspiraciones a la libertad. En los principios de ese siglo no había en Europa más que una república que llevaba el nombre de Confederación Helvética. Al terminar el siglo XIX solamente Francia había logrado, en apariencia para siempre, constituirse en república de acuerdo con la voluntad de los franceses, y en América había desaparecido el único gobierno de forma monárquica establecido sólidamente en el Brasil. Las tentativas de Haití y de México habían sucumbido trágicamente o entre escenas de farsa. Para desviar las corrientes populares de sentimiento o de estudio favorables a la libertad los gobiernos de Europa, las llamadas

grandes potencias, simulaban desaveniencias entre sí y provocaban guerras coloniales a su amaño y a veces con caracteres de dolo y crueldad como en el sur del Africa entre los dos últimos siglos. El sistema farisaico del equilibrio de poderes tuvo al fin el desenlace que era de esperarse y el mundo entró en 1914 en una era de recomposiciones, una de cuyas más significativas manifestaciones ha sido la rectificación de sistemas de gobierno en busca de mayor libertad política y económica para todos. De consecuencia de la remoción política y social de 1914 se liquidaron tres grandes imperios y varias monarquías quedaron en vacilante estado de transformación. De los restos de aquellos imperios se formaron nuevas repúblicas. En algunas monarquías, como Grecia, vacila el régimen y sólo se conservan las dinastías a la sombra de presiones extranjeras manifiestas u ocultas. Por último el cataclismo político y social que fué la guerra de 1939 liquidó algunas de las monarquías restantes. Bélgica, Bulgaria, Hungría, Italia, Rumania se han deshecho de sus reyes, sin el antiguo procedimiento de las revoluciones palaciegas. Turquía parece una república. España continúa siendo un enigma para la libertad y la historia. A esto debe agregarse que los regímenes coloniales van desapareciendo. La Gran Bretaña concede libertad a sus posesiones ultramarinas dándoles el título de Dominios. Concedió independencia a la India y a Birmania.

En este deslizamiento de caducos regímenes puede observarse que el origen de las transformaciones no arranca de una prevención o antipatía contra el régimen monárquico. El impulso nace de una aspiración a mejorar las condiciones de los gobernados. Aquellas monarquías cuya práctica o rutina se desvía menos de los principios democráticos de igualdad y tolerancia han persistido al través de las grandes pruebas por las cuales ha pasado el mundo en un siglo de los más agitados de su historia. No hay, pues, duda de que el impulso político en busca de mejores condiciones de vida social y de práctica de la democracia iniciado por el siglo XIX y que tuvo su culminación en 1848, ha seguido su curso con ligeras alternativas, y la historia, si en ella podemos fiarnos, enseña que sería labor temeraria y sin resultados tratar de resistir un movimiento de tan remoto origen como la historia del hombre, movimiento que adquirió ritmo acelerado en el siglo que culmina con el presente año y que sólo requiere fe en los principios de aquel año premonitorio y grávido de auspicios y de consecuencias para realizarse a pesar de la violencia con que fueron reprimidas sus esperanzas.

## LA FILOSOFIA POLITICA DE CARL SCHURZ

ENTRE los revolucionarios europeos del 48, cuyo centenario ideológico ahora celebramos, se halla un orador y pensador alemán que habría de pasar la segunda mitad de su vida en Estados Unidos donde continuaría su misión liberal, aplicándose a la abolición de la esclavitud y a la creación de una conciencia política realmente nacional. El valor excepcional de este tipo de hombre reside seguramente en el equilibrio de los dones de talento y carácter, gracias a lo cual logran manifestarse con igual eficacia en la propaganda de ideas y en la acción. Schurz tenía diecinueve años cuando la revolución liberal-democrática expulsó en Francia al rey Luis Felipe, promovió la agitación contra la ocupación austríaca en la Italia del norte, remeció la silla apostólica del papado en Roma, y dió un puntapié al rey de Baviera, llegando con sus ecos de rebeldía hasta Prusia y a la misma España.

Karl Schurz fué uno de esos liberales que fundan toda su vida espiritual sobre el concepto de la libertad. Como estudiante de historia en la Universidad de Bonn, se inspira en la palabra alada, en que la garra es tan aguda como es armonioso el canto, del joven poeta Enrique Heine. Schurz era por ese tiempo uno de los más brillantes candidatos al profesorado; pero sin vacilar un momento arriesga vida y porvenir en la insurrección que debía correr como reguero de pólvora por media Europa. Hijo de un maestro de escuela, su vocación y sus talentos pudieron haberle llevado a las más altas dignidades académicas, con sólo ejercitar la perseverancia y la prudencia, puesto que estas dos mediocres cualidades son a menudo las únicas que poseyeron innumerables individuos de posición y de fortuna. Schurz no pudo dejar de ser fiel a su temperamento y a sus convicciones, y entró resueltamente en las asonadas populares de la región del Rin.

En nuestro tiempo el liberalismo inspira a muchos una mezcla de lástima y menosprecio. Es cierto, a no dudarlo, que los frutos de la Revolución europea se pasmaron momentáneamente, y que en ciertos países — por ejemplo en Prusia, trajeron la reacción bismarkiana, y en Francia debían producir

pronto el Segundo Imperio — más bien desacreditaron la tendencia platónica, los excesos oratorios y el desconcierto disciplinario que parecen achaques incurables del liberalismo. Pero no hay que olvidar tampoco que el 48 fué la etapa necesaria que libertó a la educación de la tutela clerical, promovió la libertad de prensa y la inmunidad parlamentaria... que de nuevo comienza a perderse en la Argentina, el Brasil y otras partes.

Antes que Schurz, dos agitadores liberales europeos, el húngaro Kossuth y el italiano Mazzini, habían venido a predicar en Estados Unidos la causa de la liberación de sus pueblos. La personalidad de esos dos grandes hombres impresionó enormemente a los norteamericanos que por ese tiempo renovaban en Nueva Inglaterra la lucha del protestantismo por la liberación de la conciencia religiosa individual, y también entre los que se empeñaban en aplicar los mandamientos del cristianismo a la manumisión de los esclavos. Pero la influencia de Schurz, con ser menos espectacular, debía ser más vasta y profunda en éste su país de adopción. La razón de ello debemos buscarla en la mayor similitud de temperamento entre el hombre y su medio, pues la influencia de la sangre alemana y de la educación alemana ocupa aquí un lugar secundario solamente a la del elemento original inglés. En los días de la independencia nacional se llegó nada menos que a proponer la adopción de la lengua alemana como idioma nacional de la república.

Particularmente en la región de San Luis y del lago Michigan, Schurz, encontró, ya bien arraigados, numerosos grupos de alemanes que, al igual que ocurre con muchos extranjeros en el Brasil y la Argentina, habían adquirido derechos políticos de ciudadanos del país antes de haber aprendido la lengua nacional. A ellos se dirigió pues el recién llegado en su lengua nativa, ya hablando, ya escribiendo. Sin embargo, tan pronto como pudo dominar medianamente el inglés, le resultó mucho más eficaz el empleo de este idioma. Cosa curiosa, y sin embargo muy natural, Schurz obtenía mayor efecto cuando pronunciaba sus discursos en inglés, tanto por que no se sentía tentado a entretenerse en filigranas de lenguaje, como porque sus aciertos de expresión en la lengua adoptiva eran más celebrados por lo mismo que no eran de esperarse.

Adherido al partido republicano de Lincoln, Carl Schurz (como ahora escribía su nombre de pila), sostuvo desde los primeros días con sistemática elocuencia y una firmeza intransi-

gente, que la institución de la esclavitud no era compatible en ningún grado con una constitución democrática. Se puso pues con característica resolución a minar la esclavitud. Sin embargo, esto no podía bastarle. Su visión de conjunto, semejante a la de Lincoln, le indicó que por encima de ese principio estaba el de la concepción política nacional, no local, que es lo que distingue al estadista del mero político. Más aún: su concepto de la libertad sobrepasaba toda frontera, y así escribe: «Veo que la cuestión de la libertad es la misma en su esencia en todas partes, cualquiera que sea su forma.» Justo es suponer entonces que el liberal de hace un siglo sería hoy uno de esos abominables radicales que la reacción persigue ahora en todo el mundo.

Y como Schurz no era uno de esos paladines retóricos de la libertad que se contentan en perorar valientemente mientras otros exponen su vida en las trincheras, le vemos pedir que se le releve de su puesto de ministro en España (él que había llegado apenas diez años antes como emigrado a América, pobre y desconocido, y que sólo ahora comenzaba a disfrutar de una situación holgada) para ponerse a la cabeza de un regimiento, pues entre sus aptitudes enciclopédicas había desarrollado por el estudio y la experiencia vastos conocimientos del arte militar.

De paso digamos que su residencia en España le había traído nuevas pruebas de las consecuencias de ciertas instituciones anacrónicas en la existencia de una nación. Todavía estudiante en Bonn, Schurz había rechazado su confirmación en la iglesia católica que era la de sus padres, y desde entonces no había hecho más que aumentar su desconfianza hacia la intransigencia ideológica y el oportunismo político de Roma. Ahora en España veía un pueblo sumido en la ignorancia y la miseria y las corridas de toros que él tomó por una demostración del grado de cultura del país, le parecieron repugnantes. Aún entre las clases acomodadas encontró supersticiones que a su juicio habrían hecho reír hasta a un niño en los Estados Unidos de aquel entonces. España le pareció atrasada en un siglo con respecto a la porción más culta de Europa, y él como demócrata doctrinario no pudo dejar de tener por responsables de todo a esos mellizos del oscurantismo: la monarquía absoluta y el frailerío. De las clases «apergaminadas» dice: ... «Los grandes títulos de nobleza son en España tan comunes como la maleza, pero por lo común no llevan nada adentro... No puedo negar que preferiría estar de nuevo

en mi tierra adoptiva. Preferiría trabajar diez veces más duro allá, a pasarme el tiempo aquí en la ociosidad. No puedo tolerar gentes que abusan unas de otras como aquí ocurre; y me siento incómodo cuando veo que me prodigan honores y zalemas. Yo no sé sentirme satisfecho como no sea en un país donde la gente anda con la espina dorsal bien derecha.»

A falta de la aceptación de su renuncia, Schurz obtiene una licencia larga y se viene a Washington y luego pasa a Wisconsin a reclutar un regimiento de voluntarios a fin de participar en la supresión de la rebeldía del Sur. Menos magnánimo que Lincoln, él está por las medidas enérgicas y los castigos más ejemplares. Como por intuición, adivinaba que las contemplaciones y las componendas no arreglan nada, sino que lo empeoran todo. Una vez que la campaña ha terminado victoriosamente, él quiere proseguirla en el dominio político con miras a consolidar la unidad nacional, promover la educación de las masas y libertarlas así de la ignorancia y de los añejos prejuicios. Como había sido un gran agitador y un soldado en la acción directa, continúa su obra en la tribuna y en la prensa. En su puesto de redactor del gran diario de aquella época, *The New York Evening Post*, emprende con el editor Godkin muchas campañas memorables y fructíferas.

Su carrera no es todo triunfo, sin embargo. Sus enemigos le atacan personalmente como un intruso, inmigrante muerto de hambre. Los nacionalistas enconados, los *know-nothing* de la época, le llaman mercenario; los otros le motejan de ateo. Y los que no pueden negar su talento o la firmeza de su carácter, le tachan de *hombre de carácter difícil*. Y es verdad que Schurz vivió toda su vida en guerra con la mentira y la cobardía moral, ya fuese la mentira devota o el engaño descarado.



*¡Ay del genio que se enfrenta, independiente e inasequible con la sociedad burguesa, que sabe leer en su trabazón interna la inminencia de su ruina y forja las armas que han de asestarle el golpe de muerte! Para este genio, la sociedad burguesa no guarda más que suplicios y tormentos, menos imponentes acaso en su aspecto exterior, pero interiormente mucho más crueles que la cruz del martirio de la sociedad antigua y las hogueras de la Edad Media.*

MEHRING.



## DOS CENTENARIOS

EN EL transcurso de 1947 leí dos libros — si libro puede considerarse el segundo — que me parecieron, cada uno en su género, fundamentales: *Walden o La vida en los bosques*, de Thoreau, y el *Manifiesto Comunista*, de Marx y Engels. Al terminar de leer este último me dí cuenta de que existía entre ellos cierta relación: Thoreau se retiró del Walden en 1847, después de haber vivido allí dos años, y el *Manifiesto Comunista*, aunque publicado en 1848, fué empezado en 1847, es decir, en 1947 ambos hechos cumplían cien años. Más tarde, pensando en uno y otro escrito advertí que así como existía entre ellos una conjunción cronológica, así también había una diferencia de objeto y de destino.

*Walden o La vida en los bosques* es, en efecto, un libro escrito por alguien que sólo cree en el hombre y que piensa que sólo en el hombre está la salvación del hombre. Le son indiferentes la sociedad, los grupos, las masas, las clases; le preocupa sólo el hombre, y su propósito, al marcharse a vivir a las orillas del Walden, es huir de todo aquello y acercarse más a sí mismo, es decir, al hombre.

\*

«Conozco jóvenes, hombres de mi ciudad, cuya desgracia consiste en haber heredado granjas, casas, graneros, ganado e implementos de agricultura, pues es más fácil adquirir esas cosas que deshacerse de ellas. Más les habría valido nacer en campo abierto y ser amamantados por una loba, para poder ver con ojos más perspicaces qué campo estaban llamados a cultivar. ¿Quién los ha hecho siervos del suelo? ¿Por qué han de comerse ellos sus sesenta acres, cuando el hombre está condenado a comer solo su porción de lodo? ¿Por qué han de empezar a cavar sus tumbas tan pronto como nacen? Tienen que vivir una vida de hombre, empujando todas estas cosas delante de ellos, y medrar lo mejor que puedan. ¡A cuántas pobres almas inmortales he encontrado casi aplastadas y exhaustas bajo su carga, arrastrándose por el camino de la vida, empujando un granero de setenta y cinco pies por cuarenta, sus establos de Augias, jamás limpiados, y un cente-

nar de acres de tierra, labrantía y de siega, de pastoreo y de monte!»

«A veces me sorprendo de que podamos ser tan frívolos, casi puedo decir así, como para reparar en la forma de brutal servidumbre — aunque algo distante de nosotros — que es la esclavitud del negro, habiendo tantos amos astutos y sutiles que esclavizan a la vez al Norte y al Sur. Es cosa dura tener un capataz del Sur; peor es tener uno del Norte; pero lo peor de todo es ser un cómitre de sí mismo. ¡Y luego se habla de la divinidad del hombre! Considere uno al carretero que va camino del mercado de día y de noche, ¿cuál es la divinidad que palpita dentro de él? ¡Su más elevada misión es dar forraje y agua a sus caballos! ¿Qué és para él su destino comparado con las mercaderías que transporta? ¿Qué tiene él de inmortal, qué de semejante a Dios? Véase cómo se agacha y se arrastra, y está todo el día lleno de un vago temor, y, lejos de ser inmortal o divino, es el prisionero y esclavo de su propia opinión sobre sí mismo, de una fama ganada por sus propios actos.»

«Fuí a los bosques porque deseaba vivir en la meditación, afrontar únicamente los hechos esenciales de la vida, y ver si podía aprender lo que ella había de enseñarme, y no sucediera que estando próximo a morir, descubriese que no había vivido. No quería vivir lo que no fuera vida, ¡la vida es tan cara!, ni tampoco deseaba practicar la resignación, a menos que fuese enteramente necesaria. Quería vivir profundamente y extraer todo lo maduro de la vida, vivir tan vigorosa y espartanamente como para infligir una derrota a todo lo que no fuese vida; guadañar un ancho espacio a ras del suelo; empujar la vida a un rincón y reducirla a sus términos más bajos, y si mostrase ser mezquina, obtener su genuina y total mezquindad y publicar su miseria ante el mundo; o, si resultara ser sublime, conocerla por experiencia, y ser capaz de dar una verdadera noticia de ella en mi próxima excursión. Porque me parece que la mayor parte de los hombres están en una extraña incertidumbre sobre si será del diablo o de Dios la vida, y han llegado a la conclusión, *un poco apresurada*, de que el principal fin del hombre sobre la tierra es «glorificar a Dios y gozar de El eternamente.»

«Decidámonos, y trabajemos y hundamos los pies en el fango de la opinión, del prejuicio, de la tradición, del engaño y de la apariencia, de ese aluvión que cubre el globo, en París y Londres, y Nueva York y Boston y Concord, en la iglesia,

el Estado, la poesía y la filosofía y la religión, hasta tocar el duro fondo de rocas que podamos llamar *realidad*, y digamos: «Esto es, sin error posible»; y entonces comencemos, teniendo un *point d'appui* por debajo de la inundación, del hielo y del fuego, un lugar donde podamos asentar un muro o un Estado, o colocar el poste de un farol, o tal vez un manómetro, no un «nilómetro», sino un «realímetro», para que las futuras edades puedan conocer cuán profundo aluvión de ficciones y apariencias se formaba de tanto en tanto.»

«Nunca me he sentido solo, o a lo menos, oprimido por una sensación de soledad; pero una vez, y esto fué algunas semanas después de haber venido a los bosques, dudé, durante una hora, de si la vecindad cercana del hombre sería o no esencial para una vida serena y saludable.»

«¿Qué especie de espacio es el que separa a un hombre de sus semejantes y lo vuelve solitario? He hallado que ningún esfuerzo con las piernas puede acercar gran cosa a dos almas.»

«Encuentro saludable estar solo la mayor parte del tiempo. Estar en compañía, aun de la mejor, es un estado que pronto se vuelve fastidio y disipación. Me gusta estar solo. No encontré nunca un compañero más sociable que la soledad. Frecuentemente estamos más solos yendo en medio de los hombres, que cuando estamos en nuestros aposentos. Un hombre, mientras trabaja o piensa, está siempre solo, donde quiera que se halle. La soledad no se mide por las millas interpuestas entre uno y sus semejantes.»

«Cierta tarde, hacia fines del primer verano, habiendo ido a la villa a recoger unos zapatos del taller de un remendón, fuí tomado preso y puesto en la cárcel, porque, como he relatado en otra parte, no había pagado un impuesto, o sea no había reconocido su autoridad al Estado que compra y vende hombres, mujeres y niños, como ganado, a las mismas puertas de su senado. . . Nunca me molestó ninguna persona, excepto las que representan al Estado.»

\*

Estas citas de Thoreau, tomadas de *Walden*, dan una idea aproximada de la orientación de este hombre, cuyo espíritu se destaca, en la historia del pensamiento norteamericano, con perfiles que no es posible confundir: es un hombre territorialmente libre. Su desprecio por el Estado y sus instituciones

y su amor por la libertad son una nota que se repite constantemente en sus escritos y en su vida. No se conforma con tener una opinión: la defiende y quiere imponerla. «¿Cómo puede un hombre estar satisfecho de mantener una opinión simplemente para disfrutar de ella? ¿Hay una satisfacción en saber que se es oprimido?»

Se niega a pagar impuestos y va a dar a la cárcel; se une a los partidarios de la abolición de la esclavitud y defiende públicamente a John Brown; después de la guerra de Estados Unidos con México, que no fué más que un vulgar atraco, escribe su célebre ensayo *Acerca del deber de la desobediencia civil*; en todo momento ataca a los filisteos y siempre está dispuesto a rebelarse: «He nacido demasiado alto para ser objeto de propiedad, para ser un motivo secundario de control, o para ser servidor útil e instrumento de un Estado soberano en el mundo.»

*Walden* o *La vida en los bosques* es quizá el libro más importante que desde el punto de vista humano se escribió en Estados Unidos durante el siglo XIX. Su grandeza y su profundidad sólo tienen en ese país, aunque en el terreno literario, una réplica: *Moby Dick*, de Melville.

¿Con qué intención fué escrito? Acaso con ninguna; sólo con la de dar testimonio de la existencia de una vida libre. Debido a eso su destino no es más que un destino de belleza, es decir, no mueve a nadie ni une a éste con aquél; los que raramente lo leen y aprecian son, como su autor, individuos solitarios y libres, no tan libres como Thoreau — cada día es más difícil ser libre — aunque sí quizá tan solitarios, que ven en *Walden* lo que Hudson veía en las pampas argentinas: la imagen de una belleza desvanecida para siempre.

Ignoro si Tolstoy conoció este libro, pero, lo haya conocido o no, hay entre él y Thoreau una gran semejanza. La hay también, aunque en otro sentido, entre Thoreau y Hudson. Emerson escribió estas palabras sobre el autor de *Walden*: «Vivió solo; no se casó nunca; no fué jamás a la iglesia; nunca votó; se negó a pagar impuestos al Estado; no comió nunca carne, ni bebió vino, ni fumó; y aunque fué naturalista jamás se sirvió de una trampa o de un fusil.»

\*

El *Manifiesto Comunista* tuvo, en cambio, un objeto preciso: el de servir de programa a un partido obrero revolucio-

nario (la Federación de los Comunistas) nacido en 1847 y fenecido en 1853. Como tal, tiende a unir al proletariado alrededor de ciertas ideas, la principal de las cuales es la que Engels destaca en el prefacio de la edición de 1883 y cuya paternidad atribuye exclusivamente a Marx: «La idea fundamental del *Manifiesto* es la de que la producción económica y la diferenciación social que resulta necesariamente de ella en cada época de la historia, forman la base de la historia política e intelectual de esta época. Es también la de que (desde la disolución de la antigua propiedad común de la tierra) toda la historia ha sido una historia de luchas de clases, de luchas entre clases explotadas y explotadoras, dirigidas y dirigidas, sea cualquiera el grado de desarrollo social que unas y otras hayan alcanzado; es también la de que esta lucha ha llegado a una fase en que la clase explotada y oprimida (el proletariado) no puede libertarse de la clase explotadora y opresora (la burguesía), sin libertar para siempre a la sociedad entera de toda explotación, de toda opresión y de toda lucha de clases.»

Pero, aunque fenecido el partido para el cual fué escrito, el *Manifiesto*, que como producto de cierta clase de inteligencia tenía una propia independencia y una propia vida, siguió existiendo y sirviendo, sucesivamente, a los partidos y a los individuos que estaban y están de acuerdo con sus propósitos, claramente estampados en el párrafo último: «Los comunistas juzgan indigno de ellos disimular sus opiniones y sus propósitos. Declaran abiertamente que sus designios no serán realizados sino por el trastorno violento de todo el orden social tradicional. Las clases dirigentes deben temblar ante la eventualidad de una revolución comunista! Los proletarios no tienen nada que perder, excepto sus cadenas, y tienen, en cambio, un mundo que ganar.»

Pues el *Manifiesto* es el más franco y el más resuelto de los documentos que un individuo o un grupo de individuos haya redactado y publicado con el objeto de servir una causa o alcanzar un fin. No hay en él eufemismos ni vacilaciones y nadie puede decir, después de leerlo, que no lo ha entendido o que sería necesario corregir ésto o aquéllo; es una arma — una espada o una maza — y una arma no puede ser corregida: acéptala y quédate o recházala y vete.

Desgraciadamente, como tal, puede ser usado por cualquiera, ya que las armas, aunque terribles, sirven indistintamente al noble y al villano. Nadie — excepto un editor —

sacará provecho de *Walden*; sus páginas no lograrán jamás reunir a más de tres o cuatro personas (y eso, para leerlas) y la más hermosa de sus frases («¡Oh el petirrojo de la tarde que cae al final de un día de verano de Nueva Inglaterra! ¡Si alguna vez yo hallase la ramita en que se posa!»), por ejemplo), dicha en voz alta en una plaza pública o en un escenario, no haría más efecto que un solo de flauta tocado en una estación ferroviaria a la llegada del expreso. Una frase del *Manifiesto*, en cambio, la última, «Proletarios de todos los países, uníos!», ha movido en el mundo más gente que la que ha movido otra, célebre también, «Amaos los unos a los otros», que no ha servido para maldita la cosa y que hasta 1847 aparecía, aunque desfigurada, en la divisa de los ingenuos socialistas de la época, «Todos los hombres son hermanos», y a la cual reemplazó para siempre; los hombres no eran hermanos y, al parecer, tampoco querían serlo, con razón muchas veces. Allí donde se ha dicho, allí donde se ha gritado, la frase de Marx y Engels ha tenido un éxito arrebatador: el proletariado se ha unido y ganado bajo su sombra, a veces, grandes victorias y sufrido también, a veces, tremendas derrotas, nunca, sin embargo, por culpa de la frase o de los que acudieron a su llamado sino, siempre, por culpa del que la usó para fines que no tenían nada que ver con el resto del *Manifiesto*; el *Manifiesto* no se puede usar por partes: es una arma y no un traje y si alguien o algunos lo han usado por partes y han tenido éxito con ello, ese éxito ha sido posible sólo gracias al desvirtuamiento y negación del resto.

Pues el *Manifiesto*, como todos los documentos que han servido y sirven para unir a la gente — constituciones políticas, declaraciones de independencia, escrituras sagradas y otros — se ha prestado para crear imponentes, y al parecer indestructibles, tergiversaciones y mitos.

\*

Tales fueron los objetos y tales han sido los destinos de *Walden* o *La vida en los bosques* y de el *Manifiesto Comunista*. No se crea, sin embargo, que Thoreau fuese indiferente a lo que animaba a Marx y Engels: su odio al estado burgués y a la burguesía. En alguna parte de su obra, quizás si en su diario íntimo, dice:

«¡Qué ejército de no productores *produce* la sociedad, generalmente señoras (viejas y jóvenes) y los llamados caballe-

ros ociosos! Muchos creen que emplean bien su vida como dispensadores caritativos de la riqueza que ganó alguno de sus antepasados, y quienes nada producen, como son precisamente los que tienen costumbres más lujosas, son precisamente quienes más necesitan y quienes se quejan más ruidosamente cuando no consiguen lo que necesitan. Esos, que son literalmente indigentes y se mantienen de la caridad pública, son los mendigos más importunos e insaciables. Se agarran como glotones al hombre vivo y chupan sus partes vitales. Por cada hombre locomotor hay tres o cuatro gorreros que se agarran a él, como si confiriesen un gran honor a la sociedad viviendo a su costa. Mientras tanto llenan las iglesias y mueren y resucitan de vez en cuando. No tienen otra cosa que hacer que pecar y arrepentirse de sus pecados.»

Pero en tanto que Thoreau no hizo más que dejar constancia de lo que veía, alabando lo hermoso y lamentando lo feo, Marx y Engels, más activos y más realistas, dieron a quien más le interesaba, al proletariado, una arma con que atacar al estado burgués y a sus sirvientes y defensores. Esa arma conserva aun, como en el primer día, su fuerza y su violencia: «Proletarios de todos los países, uníos!»

Esperemos, a ver qué resulta.



¿Habéis visto alguna vez, desde una alta cima, elevarse el sol? Una cinta purpúrea marca de rojo y sangre la orilla del horizonte anunciando la nueva luz; y he aquí que nubes y nieblas se juntan para combatir en seguida la aurora y ocultar por un instante sus rayos. Pero la lenta y majestuosa ascensión del sol mismo ningún poder terrestre sabría contenerlo; y una hora más tarde, visible a todo el mundo, expande desde el firmamento su calor y su luz. Una hora basta para elevar cada día un sol nuevo en el cielo de la naturaleza; veinte o treinta años no serán muchos para elevar un nuevo sol en el cielo de la historia.

LASSALLE.

## LOS ALEMANES DEL 48 EN CHILE

1. ENTRE los primeros colonos que por iniciativa privada y, luego después, con ayuda del Gobierno chileno, llegaron de Alemania para establecerse en nuestro país, figuraban elementos de diversa categoría social. Sin embargo, estos elementos dispares eran los que, por su composición e ideales, encarnaban el espíritu de la joven Alemania — *das junge Deutschland* — y la resistencia desesperada contra la restauración. A fines del 48 quedó vencida esta corriente democrática y social, que recogía las ideas echadas a los cuatro vientos por la revolución francesa y sus rebrotes: el destronamiento del rey Carlos X en 1830 y la ola revolucionaria de 1848. Esta barrió con la monarquía de Luis Felipe, conmovió hasta sus cimientos el régimen implantado por la Santa Alianza, logró algunos éxitos políticos e incorporó al movimiento social las primeras avanzadas de la clase obrera militante y sus voceros.

2. La corriente emigratoria de Alemania tiene su origen en la miseria creciente de las clases populares, principalmente los artesanos y pequeños campesinos, como asimismo en la falta de libertad para la propaganda de las nuevas ideas. Quienes más se resentían con esta opresión eran los intelectuales de la burguesía media, médicos, farmacéuticos, naturalistas, profesores, empapados en las corrientes ideológicas del enciclopedismo, de la *Aufklaerung* y de la revolución francesa. Las repercusiones en el pensamiento alemán de aquel poderoso movimiento renovador, pese a las tentativas reaccionarias de Hegel en su ocaso y del viejo Schelling, ejemplos instructivos del servilismo filosófico al servicio del poder temporal, dieron alas a las dos corrientes vitalizadoras más importantes del socialismo incipiente: la de los jóvenes hegelianos y la filosofía de Feuerbach, sin duda uno de los pensadores más originales y vigorosos del siglo XIX y acaso el de más calidad emancipadora.

No es extraño, pues, que entre los emigrantes del 48, inspiradores del lirismo nostálgico de Freiligrath, el gran poeta rebelde, figurasen algunos intelectuales. Sumados a esos artesanos y campesinos de habilidad tradicional, de hábitos de tra-

bajo y virtudes domésticas ejemplares, dieron un sello inconfundible a los primeros grupos de colonos. Con razón podemos parangonar estos emigrantes con los del *Mayflower*, pues móviles, propósitos y cualidades muy similares caracterizan ambas emigraciones, la de los puritanos ingleses y holandeses del siglo XVII y la de sus émulos germánicos dos siglos después. Frutos semejantes se recogieron con estas inyecciones de fuerzas renovadoras de un alto nivel de cultura en los extremos opuestos del continente americano.

3. Recordemos algunas de las figuras más interesantes. Empecemos por el «viejo» Anwandter (Carlos). Había sido burgoamestre de la ciudad de Kalau, donde poseía una botica; en 1847 fué elegido miembro de la primera Dieta prusiana y, en 1848, de la Asamblea Nacional prusiana. Fué uno de aquellos «alemanes de amplio corazón, que por su convicción política y por su amor a la libertad de pensamiento, prefirieron un porvenir inseguro en tierras extrañas a la vida más acomodada, pero con opresión de la conciencia, en su patria.»<sup>1</sup> Llegó el 13 de Noviembre de 1850 a Corral en la barca *Herrmann*, con noventa y cinco personas. Una comisión encabezada por Anwandter, «que hacía las veces de orador», se dirigió al agente de colonización del Gobierno de Chile, que lo era entonces Vicente Pérez Rosales. La cultura política y cívica de los recién llegados puede colegirse del cuestionario que le presentaron a los pocos días de llegar:

«1.º ¿Qué medidas debe tomar el emigrado para ser ciudadano chileno? 2.º ¿Cuánto tiempo después de su llegada debe de serlo? 3.º ¿Si tiene voto en las elecciones?... 9.º Si la conveniencia de las colonias exigiese la formación de aldeas, ¿pueden esperar que recaiga en alguno de ellos el título de juez? 10.º ¿Si pueden ser enrolados en las guardias cívicas? 11.º Si al abrir caminos de conveniencia pública ¿pueden contar con la cooperación del Gobierno?, etc. Las preguntas 13 a 18 se refieren a la adquisición de terrenos y sus modalidades.

Es característico el orden de las preguntas: demuestra que la primera aspiración de los emigrantes era romper definitivamente los vínculos que los ataban a la patria de origen para establecer nuevos y sólidos lazos con la patria de adopción. La última aspiración, después de los anhelos relativos a la libertad religiosa y a la constitución de la familia, era la

de ser propietarios de terrenos. Estos colonos no querían tierras sino «a la sombra del libre régimen republicano».<sup>2</sup>

4. Del doctor Rodolfo Amando Philippi, naturalista eminente, nos ha dejado Barros Arana una biografía muy completa.<sup>3</sup> Nacido en 1808 en Charlottenburgo, hoy barrio de Berlín, pasó varios años de su infancia en la escuela de Pestalozzi en Iverdon, a orillas del lago Neuchâtel, Suiza, cuyas ideas pedagógicas eran según Fichte «la salvación de la humanidad». Aprendió a expresarse bien en francés, y mientras reunía en Italia los primeros fósiles con que inauguraba su carrera de paleontólogo, aprendió el italiano. Estos viajes y ambientes, y el conocimiento de dos idiomas fuera del materno, debieron influir en su espíritu, ampliar su horizonte social y hacerlo asequible a las nuevas ideas.

Sin descuidar su actividad científica, que lo llevó al rectorado de la Escuela Politécnica de Cassel durante el efímero período revolucionario del 48, Philippi abrazó la causa liberal. Declarado ciudadano de Hesse, fué designado miembro y consejero del municipio de Cassel, presidió asambleas populares y se granjeó el aprecio de sus conciudadanos de tendencias republicanas. Pero la reacción se preparaba sigilosamente y luego se desató con violencia, cuando el elector Federico Guillermo de Hesse, incapaz de vencer la resistencia que le oponía el pueblo con sus milicias, abandonó la ciudad de Cassel para volver a la cabeza de una división de tropas bávaras y austríacas. Restablecido el orden, impuesto nuevamente el estado de sitio, se decretó la destitución de los funcionarios liberales, se desarmó a la guardia nacional y se reemplazaron los tribunales por consejos de guerra.

Felizmente, Philippi logró sustraerse a la violencia. Advertido de su próximo arresto, se trasladó secretamente a Hannover una noche de Diciembre con temperatura de varios grados bajo cero. Dejaba escrita y firmada su renuncia. Su hermano Bernardo, a la sazón en Cassel en busca de colonos para Chile, reunió y despachó esmeradamente los libros y colecciones del joven sabio y acompañó a su familia a lugar seguro. Medio año después, Philippi con todos los suyos se embarcaba en el *Bonito*. Llevaba consigo una gramática, un diccionario y algunos libros en castellano. El bergantín fondeaba en Valparaíso el 4 de Diciembre de 1851, dos días después del golpe de Estado de Napoleón el pequeño, que liqui-

daba con su aventura la última resistencia de la etapa del 48 en Europa.

5. Otro ilustre emigrado es el doctor Germán Schneider.<sup>4</sup> Nacido en Magdeburgo en 1820, se educó en Bonn. Tuvo una participación muy directa en el movimiento revolucionario, cuyo desenlace lo indujo a expatriarse también. Llegó en 1851 y se estableció primero en Valdivia. Fué médico de ciudad en San Fernando y se hizo propietario agrícola. Un contrato de suministro de durmientes celebrado con Meiggs, el célebre contratista del ferrocarril de Santiago a Valparaíso, para la prolongación de la línea al sur, le arrebató su fortuna. Radicado en Valparaíso, su clientela le devolvió en parte lo que había perdido. En 1869 era director de la clínica interna de la Escuela de Medicina hasta su fallecimiento en 1884. Aficionado a los estudios históricos, «poseía en alto grado la facultad de la oratoria.»

6. La composición social de los primeros colonos era bastante homogénea. Entre las primeras nueve familias que llegaron a Corral en el bergantín *Catalina*, el 25 de Agosto de 1846, venían dos herreros, un tornero, un carpintero, un constructor de molinos, un jardinero y un pastor de ovejas. Pocos años más tarde (1854) había en Valdivia, como base de futuras industrias, diecisiete carpinteros, 2 toneleros, cinco herreros y armeros, un sastre, un talabartero, dos zapateros, dos albañiles, cuatro panaderos y nueve curtidores. Junto a estos artesanos laboriosos que constituían la gran mayoría de la población colonizadora, encontramos algunos elementos a que ya nos referimos anteriormente y que contribuyen a definir el carácter de la primera emigración: sabios; profesionales distinguidos, algunos con dotes de orador, como Anwandter y Schneider; profesores, entre ellos dos que habían sido alumnos de Philippi en Alemania, y hasta un periodista, Federico Gædicke, «carácter firme y tenaz». El cuadro completo de la pequeña burguesía provinciana de Alemania de aquellos años, con sus ansias de bienestar y sus aspiraciones de libertad. Los colonos brandeburgueses, que llegaron algo después, debían sentirse particularmente felices a este respecto, puesto que le arrancan a su cronista P. Ende las palabras siguientes: «Si aquellos colonos hubieran permanecido en su arenosa patria, no serían hoy campesinos libres sobre terreno bien trabajado.»<sup>5</sup>

7. La emigración se mantenía en auge con la consigna de «Si no podéis arrebatar los tiranos a los pueblos, arrebatad los pueblos a los tiranos», que figuraba como epígrafe de un libro escrito en 1850 por A. Simon y F. Bromme de Bayreuth: *Emigración y colonización nacional alemana de América del Sur*, «con especial referencia a la República de Chile», agregaba el subtítulo.

Esta corriente de emigración no se interrumpía y terminó por causar serias inquietudes al Gobierno prusiano, pues la falta de brazos se hacía cada vez más sensible. Un decreto del ministro von der Heide del 3 de Noviembre de 1859 prohibió la emigración al Brasil, y sus efectos se extendieron más tarde a Chile. Debía trascurrir un cuarto de siglo desde esa fecha antes de que se reanudara la emigración a nuestro país, aunque en menor escala; pero las autoridades siempre miraban de reojo estas emigraciones. Cuando los futuros colonos de Contulmo se aprontaban para embarcarse en Berlín, la policía puso dificultades, sometió a interrogatorio a varios emigrantes, y el misionero que encabezaba el grupo fué reducido a prisión por media día.<sup>6</sup>

Es provechoso contrastar con la primera, la segunda emigración y las posteriores, estas últimas ya no localizadas en un territorio circunscrito. Presentan caracteres que reflejan cambios profundos en el país de origen y que levantaron obstáculos a la incorporación de los emigrados a la sociedad chilena. Dejamos para una próxima oportunidad el estudio correspondiente.

(1) A. Hoerll, en *Los alemanes en Chile*, t. I, p. 23. El t. II no salió a luz. (2) V. Pérez Rosales, *Recuerdos*, p. 388. (3) Barros Arana, *El Dr. Don Rodolfo Amando Philippi*, Santiago 1904. (4) P. P. Figueroa, *Diccionario biográfico de extranjeros en Chile*, Santiago 1900. (5) A. Meyer, en *Los alemanes en Chile*, Santiago 1910, p. 72. (6) *Los alemanes en Chile*, p. 70. Todas las demás citas sin llamadas son de la obra colectiva mencionada *Los alemanes en Chile*, publicada en 1910 por la Sociedad Científica Alemana con ocasión del centenario de la independencia.



*Verdad que en el Manifiesto Comunista encuéntrase la frase tan a menudo citada aisladamente: «Los trabajadores no tienen patria.» Pero lo que ella significa se deduce de la frase siguiente: «Los trabajadores no tienen patria, porque la detentan los otros. Vale decir, que deben conquistarla.»*

ARTHUR ROSENBERG

## EL FANTASMA METE AHORA MIEDO EN AMERICA

A CIEN AÑOS del célebre Manifiesto de Marx y Engels — en otros tantos idiomas ya — su arranque shakesperiano, que Alberti ha puesto en verso español, aun despierta en nuestra burguesía el mismo eco histérico que obtuvo casi de inmediato en la del viejo continente, al ser publicado en Londres a comienzos del 48.

En efecto, ahora como nunca: «un fantasma recorre Europa, el mundo». Mas por cada obrero impávido que le dice con el poeta: «Camarada», otro, por lo menos, apegado a la iglesia o a la gleba, se hace cruces y ni siquiera sueña escapar alguna vez a su triste condición de siervo asalariado.

¿Qué mucho entonces que, para seguir manteniéndose ocioso, remache hoy tal estado el petimetre nacionalista, hijo o abogado del patrón, que, desde luego, es enemigo acérrimo de la clase trabajadora organizada en general?

Hay un montón de disfraces para ocultar esta verdad. El más antiguo y socorrido es el de la patria en peligro, a la que se impone salvar no importa cómo ni a qué precio. A la espera de un conflicto exterior, el interno entre las fuerzas de arriba y abajo es más que suficiente para improvisar legiones de hacha y tiza según la fórmula española. Pero el marroquismo franquista — made in Germany — se muerde de continuo el rabo achacando a medio mundo su propia inspiración foránea. El conservador, católico, apostólico y romano, así como el rotario de cualquier marca o mercado, es autóctono según su escaso juicio; pero el infeliz que presta oídos al Manifiesto secular: extranjero, extranjero en toda la línea. Desde Juan B. Justo a Luis Franco y desde Recabarren a Juvenio Valle. Porque el burgués, teniéndolo todo, no tiene lógica. Repite ad nauseam el mismo argumento nazi en la prensa fascizante que ayer estuvo con Mussolini y ahora está con Franco. Aquí y allá, es cierto, intenta emular a Marx y Engels, pues el Manifiesto, el Manifiesto por excelencia, le sigue quitando el sueño una centuria después de lanzado en el exilio y no a toda página de diario precisamente.

¡Luminoso ejemplo de lo que puede un simple panfleto verdaderamente inspirado junto a todas las insensateces, a tanto el centímetro!

En un ensayo aparecido en el número 24 de BABEL bajo la firma ilustre de Thomas Mann y el título de «Fantasmas verbales», pueden leerse los siguientes conceptos del más grande de los novelistas de nuestro tiempo:

«Creo estar libre de ser considerado un precursor del comunismo. Sin embargo, no puedo menos que ver en el terror del mundo burgués ante la palabra comunismo, en ese pánico del que tanto tiempo ha vivido el fascismo, algo supersticioso e infantil, la estupidez fundamental de nuestra época. Esta palabra se parece realmente a un fantasma con que se asusta a los niños. El comunismo es el Pedro Botero de la burguesía, exactamente igual como lo era en Alemania la Social - democracia allá por 1880. Entonces, bajo Bismarck, era la encarnación de todo arrasamiento *sans - culottista*, y de subversión caótica. Oigo aun al director de nuestra escuela gritarnos, cuando algunos chicos traviosos de entre nosotros habían dañado a cuchillo bancos y mesas: «¡Os habéis portado como socialdemócratas!» Hoy diría: «¡Como comunistas!» Pues el socialdemócrata se convirtió entre tanto en un buen muchacho que no inspira miedo a nadie.»

Y por si fuera poco, el autor de *La montaña mágica* concluye su alegato en esta forma inequívoca:

«Comunidad, he ahí la raíz del terrorífico vocablo «comunismo», con que Hitler hizo sus conquistas. No me cabe duda alguna de que el mundo se mueve nolens, volens e inconscientemente hacia una forma de vida para la cual el epíteto de «comunista» es todavía el más apropiado, es decir, hacia una forma de vida de comunidad, de dependencia y responsabilidad mutuas, de común derecho al consumo de los bienes de esta tierra, simplemente a consecuencia de la conexión entre el espacio terrenal, su empequeñecimiento por la técnica y la familiarización del mundo en el que todos tienen derecho de ciudadanía y cuya administración interesa a todos.»

Esto podía ser pensado y expuesto ante un vasto auditorio, en los Estados Unidos, a fines de 1944. Ahora, después de la pintoresca inquisición de Hollywood, no puede osarlo ya nadie sin verse arrastrado a los Tribunales como extranjero. Ni siquiera un artista como Thomas Mann. Y si a tal punto llega el histerismo patriótico en el país de Whitman, Thoreau y Emerson, de tan fuerte tradición libertaria, ¿qué barreras no

le opondrá, un poco más al sur, el celo inquisitorial de un Trujillo, un Somoza, un Morfíño? Como el generalísimo Franco, estos déspotas sostienen todavía que la letra — negra, desde luego — entra en la cabeza de los niños con sangre, y que con sangre sale también de la de los hombres, la letra roja. Pero las ideas, como enseñó Sarmiento, no se matan. Se mueren solas o se hacen inmortales. Por eso resulta inútil meter en la cárcel a quienes las formulan. ¿Procedió acaso de tal modo Inglaterra, cuando Marx y Engels declararon con máxima claridad en 1848?: «Es hora ya de que los comunistas den a conocer al mundo abiertamente, su modo de pensar, sus fines y sus tendencias; que opongán a la fábula del fantasma del comunismo un manifiesto del partido.»

En verdad, a cien años del Manifiesto, la burguesía se ha uniformado en todas las latitudes de la tierra contra el espectro del cuarenta y ocho. Lo que viene a confirmar la vigencia universal del reto irónico que le formulan Marx y Engels en las últimas líneas de su ardiente alocución. Y como el miedo es mal consejero, inflando al fantasma la burguesía sólo consigue difundirlo. Una labor contraproducente que Lenin denunció a tiempo con su habitual rudeza. He aquí sus palabras:

«...Cuando la burguesía americana, desorientada por completo, detiene a miles y miles de individuos sospechosos de comunismo, y propagando por todas partes la nueva de conjuraciones bolcheviques, crea un ambiente de pánico; cuando la burguesía inglesa — la más seria de todas las burguesías del mundo — con todo su espíritu y toda su experiencia comete inverosímiles tonterías, funda bien dotadas sociedades para luchar contra el comunismo, crea una literatura especial en torno al comunismo y toma a su servicio un personal suplementario de críticos, agitadores y sacerdotes, nosotros debemos saludar y dar las gracias a los señores capitalistas. Trabajan para nosotros. Nos ayudan a interesar a las masas en la naturaleza y valor del comunismo.»

Hoy, cuando para defender la democracia (con minúscula), en el Brasil como en el Paraguay, Nicaragua o Santo Domingo, la burguesía indígena recurre a esta propaganda suicida, y con el estado de sitio, establece la censura y anula el mandato popular que, como el Manifiesto, le mete miedo con su crítica, no hace otra cosa que autorizar y justificar iguales procedimientos policíacos de Stalin y sus epígonos, con quienes pretende justamente identificar a aquél.

La dictadura policíaca no es un invento de Stalin. Rosas se le adelantó un siglo entre nosotros. Además, la burguesía de cualquier parte y lugar siempre ha hecho lo que ahora condena hipócritamente a la sombra de Franco. Su sangriento historial, burilado a fuego en el Manifiesto hace una centuria, es una perenne invitación a tornarlo insólito en el futuro, acabando de una vez por todas con la lucha de clases.

Claro que tarea tan grandiosa es preciso emprenderla con hombres salidos de la burguesía o adscritos a su antiguo esplendor como los nuevos mariscales soviéticos. De ahí la diferencia entre la praxis conservadora y el Manifiesto revolucionario en el único país que ha canonizado a sus autores. Pero, ¿acaso hay menos diferencia entre la Iglesia Católica y el Sermón de la Montaña?, para no hablar del paganismo que perdura en el culto al Papa.

Las ideas dominantes de una época — dice ya el Manifiesto — son las de la clase dominante. El Vaticano, que suprimió el protestantismo, no como herejía en el Valle de Josafat, condenándolo al fuego eterno, sino, como hace ahora el Kremlin, aquí en la tierra, es el lugar menos indicado para impartir lecciones de tolerancia. El seminarista de Tiflis ha bebido en esa fuente antes que en la del Manifiesto. De ahí la tendencia del stalinismo al arrasamiento de toda oposición. Aun de la puramente ideológica. Le viene también de la estepa. Engels alcanzó a verlo con su mirada de águila. «Si usted ha seguido las publicaciones de los desterrados rusos de los últimos años — escribe a un economista de Chicago interesado en el problema agrario — sabrá como los diferentes grupos interpretan entre ellos pasajes de los escritos de Marx en las formas más contradictorias como si fueran textos de los clásicos o del Nuevo Testamento. Y todo lo que yo pueda decirle acerca del asunto que usted me propone sería utilizado, probablemente, en forma similar, si es que se le presta alguna atención.»

El Manifiesto especialmente no ha encontrado eco más comprensivo en el campo contrario. Fuera del estudio de más de cien páginas que le ha dedicado el famoso biógrafo de Nietzsche, Charles Andler, y de la réplica del no menos famoso Werner Sombart, que dice haberlo leído más de cien veces para calificarlo como el panfleto más genial del siglo XIX, la crítica burguesa sólo ha tenido desprecio para sus autores. Atacándolo como a un fantasma no ha hecho más que ver su propia ruina reflejada en él.



Hay una página de Martí que a propósito de Bolívar nos recuerda una «iracunda tirada de lívido y celoso cura...» en el aposento de un pintor mejicano, frente a una miniatura del Libertador. «¡Qué gigante aquel — exclama el gran poeta —, que pasó de tal modo por las aguas, y las removió y encrepó de tal suerte, que cincuenta años después de su hundimiento, aun levanta estas negras espumas!» Y agrega esta inesperada conclusión que de seguro habrían aprobado con alborozo Marx y Engels: «Sacudía aquel clérigo el manto y fusteaaba con él la sombra cual si en ella estuviera su enemigo. Inconcebible rabia lo animaba. Con ademanes y lengua de placer regateaba al héroe sus glorias, y por quitárselas a él, dáselas a otros menos gloriosos. Pues, no le he de odiar — decía, y cuenta que estas fueron sus mismas palabras —; no le he de odiar, si con los españoles sería yo hoy un gran personaje, y ahora no soy más que un clérigo pobre y perseguido.»

El histerismo anticomunista induce a muchos intelectuales de ogaño a proceder como el cura de Martí frente a la primera e incompleta imagen de Marx y Engels en el Manifiesto. A eso debería llamarse con propiedad y en francés: *la trahison des clercs*.



*La libertad sólo para los partidarios del gobierno, para los miembros de un partido, por numerosos que sean, no es la libertad. La libertad es siempre la libertad del que piensa de otro modo. Y esto, no por fanatismo de la «justicia», sino porque todo lo que hay de instructivo, saludable y purificador en la libertad política, tiende a ello y pierde su eficacia cuando la libertad se vuelve un privilegio.*

ROSA LUXEMBURGO.

*Vendrá un tiempo en que, a despecho de los engraidos catedráticos que acaparan hoy la representación oficial de la cultura, la asombrosa mujer [Rosa Luxemburgo] que escribió desde la prisión esas maravillosas cartas a Luisa Kautsky, despertará la misma devoción y encontrará el mismo reconocimiento que una Teresa de Ávila. Espíritu más filosófico y moderno que toda la caterva pedante que la ignora — activo y contemplativo al mismo tiempo — puso en el poema trágico de su existencia, el heroísmo, la belleza, la agonía y el gozo que no enseña ninguna escuela de sabiduría.*

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI.

## ADIOS A UN PIONEER SOCIALISTA

UN VIEJO pioneer socialista murió el otro día a los ochenta y nueve años, en Rosedale, Kansas, y yo volví a mi terruño a fin de asistir a su funeral. Uníanme a él, personalmente, muchos y diversos vínculos. Era su deudor en muchos sentidos y por cosas de valor incalculable. Fué quien primero acertó a explicarme la importancia que tenían la verdad y la justicia y comprobarme además, con el ejemplo de su larga vida, que no ignoraba su significación. Creía sinceramente en la libertad, la igualdad y la fraternidad del hombre. Consideraba posible alcanzarlos y que valía la pena luchar por ellos. Eran sus «principios» y vivió para ellos.

Por él supe por vez primera qué era el socialismo; me inicié en el movimiento treinta y seis años atrás, encauzando así mi vida en una dirección que no ha cambiado nunca. Recordándolo en el largo viaje en tren que hice para asistir a su funeral y volviendo a vivir todas aquellas cosas, pensaba en él no sólo como en un amigo y consejero, sino también un digno y verdadero representante de aquella noble generación de pioneers socialistas que nos precedieron y abrieron el camino. Estamos aquí porque ellos estuvieron allí. No debemos olvidarlo nunca.

Su socialismo — el socialismo americano que predominaba en el medio oeste de su tiempo — inspirado en el gran espíritu y en la arrebatadora elocuencia de Eugenio Debs, era ampliamente humano, tal vez más moral que científico. Ponía mayor énfasis en el fin perseguido que en los medios de alcanzarlo. Pero en esencia era genuino y ocultaba una gran fuerza de inspiración y de convicción en su impulso. A mi juicio, el movimiento actual con su análisis más preciso y su imprescindible apego al combate diario, haría bien en infundir a su prédica un poco del antiguo énfasis en el significado último de la lucha; hay que hablar con la clara voz de los viejos pioneers sobre los derechos humanos, la dignidad humana, la libertad, la fraternidad y el bienestar de todos. Por eso luchamos, en verdad, luchando por el socialismo.

Ben Hanford, aquel grande agitador socialista de la primera época, hizo una vez el elogio de un compañero anónimo

al que llamó Jimmy Higgins — el hombre de fila que se ocupa sin ostentarlo ni aguardar recompensa o reconocimiento de todas las pequeñas, innúmeras cosas menores que hay que hacer para que el «movimiento» marche adelante y siga encendida la antorcha. Así era el viejo. De los antiguos, del comienzo. Un «proletario» del tiempo de Daniel de León y de la lucha por la jornada de ocho horas. Un hombre de los de Debs, de la huelga de 1894 y un aliado socialista en el esplendor de los primeros veinte años del partido tras el recodo del siglo. Estimulábame ardientemente en todas mis campañas y me facilitaba toda la ayuda efectiva de que era capaz en los últimos años cuando ya estaba muy viejo y cansado para otra cosa.

Un resumen de su sostenido y silencioso batallar por el socialismo podría servir con sólo escasos cambios minúsculos de biografía representativa de toda una fraternidad de activistas anónimos cuyo trabajo y sacrificio no fueron reconocidos; pero que los hicieron de todo corazón y sin vacilaciones convirtiendo una idea y una esperanza en un movimiento que vive más que ellos y que continuará viviendo.

No era un «leader» sino un simple hombre de fila que «predicaba socialismo» a cuantos querían escucharlo; buscaba suscripciones para los periódicos; organizaba conferencias; arrendaba el local y procuraba auditores al orador; y en toda ocasión tenía su escuálido bolsillo abierto para contribuir al pago de los déficits. Además, en su casa encontraba siempre alojamiento el viajero agitador. Ahorrábale así gastos al partido, aun cuando sus propios medios eran muy magros. El viejo fué amigo y partidario de todas las causas nobles. Estaba siempre dispuesto a elevar una petición, contribuir a una colecta u organizar un mitin de protesta. Entonces como ahora las causas nobles no eran muy populares. Por eso estaba siempre con la minoría, con los de abajo, que mal podían ayudarle a mejorar su posición en la dura lucha por la vida. Eso tenía que costarle a él y también a su familia; pero no había nada que hacerle. El viejo era así. Creo que nunca se le cruzó por la cabeza la idea de que podía ser de otro modo ni de que podía vivir en forma distinta.

Esto es casi todo cuanto hay que decir de él. Pero mientras lo contemplaba por última vez en su ataúd, pensé que no era poco. Carlos Sandburg ha dicho en ese sentido: «Estos, pues, son los héroes humildes.— Héroes, dijo usted? Y por

qué no? Dan todo lo que tienen y no preguntan nada y toman lo que se presenta. ¿Qué más quiere usted?»

Este ferviente núcleo de pioneros socialistas que vivió y trabajó abnegadamente por el socialismo, que hizo cuanto pudo por el «movimiento» y lo sostuvo vivo para que la nueva generación no tuviera que empezar desde el comienzo, no pasó por la vida en vano.

Importan pues mucho más de lo que llegaron a sospechar en su modestia para el futuro de América y del mundo. El viejo era uno de ellos, y yo le digo adiós con cariño y gratitud. Se llamaba John Cannon. Era mi padre.



*Si se echa una ojeada sobre la sucesión histórica de las filosofías, la teoría del derecho aparece como una trasposición del espiritualismo cristiano desembarazado de su misticismo grosero. El Evangelio anunció al esclavo que tiene un alma semejante a la de su dueño, e instituyó así la igualdad de todos los hombres ante el tribunal celeste. De hecho, el esclavo siguió siendo esclavo y la sumisión se convirtió para él en un deber religioso. Hallaba en la enseñanza cristiana una satisfacción mística a su obscura protesta contra su condición. Al lado de la protesta, el consuelo. «Aunque te parezcas a un asno que rebuzna, tienes un alma eterna», le decía el cristianismo. Resonaba en ello una nota de indignación. Pero el cristianismo añadía: «Hasta siendo parecido a un asno, a tu alma inmortal la espera una recompensa eterna.» Estas dos notas se han soldado en el cristianismo de diversas maneras, según las épocas y las clases. De un modo general, el cristianismo como todas las demás religiones, llegó a ser un medio de adormecer la conciencia de las masas oprimidas.*

*El derecho natural convertido en teoría de la democracia le decía al obrero: «Todos los hombres son iguales ante la ley, cualquiera que sea su origen, su calidad de poseedores o de no poseedores y el papel que desempeñen; todos gozan de un derecho igual a decidir por el sufragio de los destinos del pueblo.» Esta norma ideal ha realizado una labor revolucionaria en la conciencia de las masas, en la medida que condenaba al absolutismo, los privilegios aristocráticos, el sufragio censatorio. Aparte de esto no ha hecho más que adormecer la conciencia de las masas, legalizar la miseria, la esclavitud y la humillación.*

*La igualdad mística del cristianismo ha descendido de los cielos bajo la forma de la igualdad en derecho natural democrático. Pero no ha descendido hasta la tierra misma, hasta el fundamento económico de la sociedad. Para el oscuro jornalero que en ninguna hora de su día dejaba de ser una bestia de carga, explotada por el capitalismo, el derecho ideal de influir sobre los destinos del pueblo por las elecciones parlamentarias apenas era más real que la felicidad que poco antes se le prometía en el reino de los cielos.*

## POR QUE LOS SOCIALISTAS EUROPEOS MIRAN HACIA AMERICA

### 1. EUROPA ESTÁ DESTRUÍDA...

LA MISERIA de esta guerra le dió a la clase obrera de toda Europa un fuerte impulso revolucionario y la indujo a buscar una solución socialista a sus dificultades. Pero las condiciones objetivas para el socialismo en nuestro continente, destruído por la guerra, son ahora mucho menos favorables que antes de ella. Los adeptos del socialismo científico no dudan que la realización de una sociedad más humana depende estrechamente del desarrollo de las fuerzas productivas; pero las fuerzas productivas de Europa están devastadas y arrasadas por las bombas y el saqueo, y las ruinas, aun cuando se socializaran, seguirían siendo ruinas.

Es curioso comprobar que la situación actual de Europa fué prevista hace más de cincuenta años por Federico Engels, el amigo y colaborador de Carlos Marx. En un artículo escrito en 1891, describía una futura guerra mundial:

«Esa guerra en que quince o veinte millones de hombres armados se masacrarán mutuamente y devastarán a Europa como jamás lo ha sido antes; esa guerra provocaría, ya sea la victoria inmediata del socialismo, o dejaría tras sí, en todas partes, tal montón de ruinas, que la vieja sociedad capitalista se haría más imposible que nunca, y la revolución social, postergada por diez o más años, seguiría entonces su curso más rápida y radicalmente.»

El derrumbe actual de la vida económica europea es mucho más profundo de lo que pudo imaginar Engels. (En una carta que le escribió a su amigo Sorge [el 7 de Enero de 1888] llega hasta vaticinar «el triunfo completo de la industria americana».) En todo caso y como para confirmar sus previsiones, la sociedad capitalista europea se ha hecho efectivamente más imposible que nunca, y las ruinas son tan inmensas que un triunfo *inmediato* del socialismo es punto menos que imposible. Esta guerra ha postergado la revolución social en Europa. ¿Por diez o quince años como pensaba En-

gels? Eso depende de la reconstrucción del potencial industrial de nuestro continente, que a la vez viene a ser nuestro potencial *socialista*.

El socialismo nos ha enseñado siempre que el capitalismo, por su propio desarrollo, está preparando las condiciones para la revolución socialista. Al expandir las fuerzas productivas, crea la base objetiva de la propiedad colectiva. Al mismo tiempo, la evolución capitalista trae aparejada una clase obrera que crece constantemente y se concentra cada vez más en fábricas enormes, sindicatos y partidos políticos cada vez mejor disciplinados y organizados, que adquieren la educación y capacidad indispensables para el control de la economía. Pues «la emancipación obrera debe ser la obra de los propios obreros», como reza el primer artículo de los Estatutos de la Primera Internacional, verdad tan incólume hoy como lo era en 1864.

La consecuencia principal de esta guerra para el continente europeo entero — con ciertas restricciones en el caso de Inglaterra — es la tremenda destrucción de la herencia que se suponía el capitalismo iba a legar a su heredero, la clase obrera. Y el heredero mismo está herido gravemente: lo mejor de la juventud europea está pudriéndose en los campos de batalla, y los que sobreviven han caído en la depravación moral y en la apatía intelectual — no todos por supuesto, pero un gran porcentaje. Hay millones de seres desarraigados en el continente: prisioneros, poblaciones desplazadas. En los países ex-fascistas, las jóvenes generaciones de la clase obrera jamás han tenido la oportunidad de familiarizarse con los hábitos democráticos; gran parte de las viejas generaciones los ha olvidado.

De tal suerte, un heredero tambaleante se halla frente a una herencia que desaparece.

Esta situación había sido vaticinada por Rosa Luxemburgo en su célebre folleto «Junius», que escribió en la cárcel durante la primera guerra mundial (1915). Las tropas proletarias escogidas de los países más avanzados, decía, están diezmadas y exterminadas. Si hay otra guerra mundial, «las perspectivas del socialismo quedarán sepultadas bajo los escombros de la barbarie imperialista.»

Y después de la primera guerra mundial, Carlos Kautsky, al referirse a la situación en Alemania, tenía que reconocer que las condiciones para el socialismo eran ahora mucho menos

favorables que antes,<sup>1</sup> porque la guerra había destruído tantas fuerzas productivas, fuera de impregnar las masas obreras con el espíritu del «Lumpenproletariado», la mentalidad de la soldadesca y de los mercenarios. El análisis de Kautsky, válido para la Alemania de hace veinticinco o veintiséis años, puede aplicarse hoy al continente europeo entero.

La perspectiva socialista en el continente europeo queda postergada por muchos años. La primera tarea y la más importante del movimiento obrero europeo consiste en volver a crear una conciencia democrática entre las masas desesperadas y desarraigadas; tarea que requiere tiempo, pues las generaciones y «élites» asesinadas no pueden reemplazarse dentro de 24 horas. Por otra parte, Europa debe restaurar sus fuerzas productivas a fin de recuperar su madurez objetiva para el socialismo.

## 2. EL PORVENIR DEL SOCIALISMO AMERICANO

Hace un siglo, Marx escribía que un trastorno económico en Europa que no incluyese a Inglaterra, sería una tempestad en una tetera, porque «es Inglaterra la que domina el mercado mundial, y es la burguesía la que gobierna en Inglaterra». (*Neue Rheinische Zeitung*, Dic. 31, 1848.)

Hoy en día Estados Unidos ha reemplazado a Inglaterra como potencia dominante en el mercado mundial, y la burguesía gobierna en Estados Unidos. Una revolución socialista en Europa sin la ayuda o contra la voluntad de Estados Unidos no sería más que una tempestad en una tetera. La burguesía americana posee las fuerzas productivas que Europa necesita para restaurar su potencial industrial, que es a la vez el potencial socialista. Europa ha caído a un nivel en que no puede implantar el socialismo únicamente con sus propios medios.

Nosotros, los socialistas europeos, debemos familiarizarnos con la idea de que nuestro continente devastado y agotado ha perdido su independencia económica. Aun cuando nuestro proletariado no estuviese diezmado y parcialmente desarraigado por la guerra, siempre le haría falta al socialismo europeo el nivel necesario de fuerzas productivas para el socialismo.

<sup>1</sup> Prefacio de 1919 al libro de Kautsky *Der weg zur Macht* (El camino del poder).

Por otra parte, los socialistas americanos debieran familiarizarse con la idea de que el papel que ellos deben jugar ahora en el movimiento obrero internacional será mucho más importante que hasta la fecha.

Hasta ahora no parece que los socialistas europeos ni americanos se hayan dado cuenta de este cambio fundamental originado por la guerra. Mientras los socialistas europeos siguen discutiendo como si Europa fuera todavía el centro del universo, los socialistas americanos — la mayoría por lo menos — no tienen aún conciencia del papel de dirección que la historia les impone ahora en el movimiento obrero internacional.

No sería primera vez que ocurriese un desplazamiento semejante.

A mediados del siglo pasado, el centro de gravedad del movimiento internacional de la clase obrera fué Francia, no sólo a causa del crecido número de teóricos socialistas y sus adeptos (Saint Simon, Fourier, Cabet, Proudhon, Louis Blanc, Blanqui); no sólo porque París había sido el punto de partida de todas las acciones revolucionarias desde 1789; sino en virtud del espíritu dinámico del proletariado francés y de la pequeña burguesía. Pero después de la guerra franco-prusiana de 1870 - 71 y la masacre de la Comuna de París, la clase obrera francesa quedó tan debilitada y exhausta, que Marx predijo que el centro de gravedad de la Internacional sería en adelante Alemania. Su predicción fué verificada por los acontecimientos reales. En la Segunda Internacional, desde 1889 a 1914, fué la socialdemocracia alemana la que desempeñó el papel principal.

Una nueva orientación se impone ahora al socialismo europeo: hacia Estados Unidos. Las luchas sociales decisivas tendrán lugar en los Estados Unidos de Norteamérica, y ellas serán decisivas también para el socialismo europeo. Nuestras propias realizaciones posibles en Europa dependerán desde ahora en gran parte del poder ofensivo de los obreros americanos contra el capitalismo americano.

¡Reprimid vuestras sonrisas, lectores americanos! Adivino vuestras objeciones. Me diréis que sobreestimo la fuerza obrera en Estados Unidos así como la influencia de la ideología socialista en vuestra clase obrera. Estoy bien al tanto de todos estos hechos.

Pero el socialismo americano tendrá tiempo de sobra para crecer y el movimiento obrero americano será capaz de con-

solidar sus organizaciones mientras los socialistas europeos cicatrizan sus heridas.

El socialismo internacional no ha muerto; ahora entra a una nueva etapa. Hasta la fecha era esencialmente europeo; en la actualidad se está haciendo verdaderamente universal. Y sólo ahora será posible iniciar una cooperación práctica entre los socialismos americano y europeo. A esta cooperación, el joven movimiento obrero americano aportará como presente el poder de sus masas, que la guerra no ha logrado corromper ni diezmar. Y el socialismo europeo aportará su experiencia, su sólida cultura doctrinaria. Débil y desangrado, el socialismo europeo ya no es capaz de suministrar las primeras tropas de choque, pero su contribución a la lucha común no se limitará al papel de un espectador pasivo.

En la economía mundial y en el mercado mundial, ambos dominados por el capitalismo americano, los socialistas de América y de Europa deben, desde ahora en adelante, luchar unidos en íntima solidaridad por la renovación del mundo.



*El escritor que quiera preparar una revolución social puede, sin inconveniente, adelantarse un siglo a su época. En cambio, el tribuno que premedita una revolución política no puede alejarse demasiado de las masas. En general, en la política como en la vida no se debe desear más que lo posible.*

ENRIQUE HEINE.

*La República ha abandonado y perseguido a sus propios pioneros, ha protegido a los enemigos de la libertad y de la dignidad humana, ha tolerado sus actos, ha permitido desplegarse el espíritu de barbarie, ha sofocado el espíritu de la paz, ha socavado la justicia, ha alentado la ilegalidad, y así ha ido preparando su propia caída. ¡Qué el ejemplo alemán le sirva de admonición al mundo!*

ERNEST TOLLER.

## LA ULTIMA LECCION DEL MAESTRO

*CUANDO sean mayores, su memoria  
guardará fiel la imagen torturada  
y todos los detalles de esta historia.*

*Su puro corazón sabe que nada  
malo hizo este hombre sin fortuna,  
noble de frente, claro de mirada.*

*En la angustia que ahora les aduna  
ante su muerte, las tranquilas horas  
con él vividas vuelven una a una.*

*Siempre sin mezquindades ni demoras  
les dió de sí lo que mejor creía.  
Pero voz y palabras bienhechoras*

*se han apagado, y una forma fría  
queda sólo de él que era el amigo  
que les amaba y que les comprendía.*

*Perdida su presencia, sin abrigo  
parece el alma, y su desgarradura  
les dice cuánto se llevó consigo.*

*¡Qué mano pudo hacerlo, odiosa y dura!  
Mirándolo, se agobian sin consuelo,  
y guardan en sus ojos la figura*

*que yace quieta ahí, de cara al cielo.*

† Ya no verá estos versos publicados del otro lado de la estrella, el poeta que los compuso en medio de una agobiadora labor periodística. Estuvo a nuestro lado durante más de un cuarto de siglo; desde su primer asomo a la literatura. En otra ocasión, a propósito de su libro, *Orilla nativa* (Rosario, 1942), he contado en *Las Últimas Noticias* cómo Hernán Gómez se allegó a BABEL. No puedo ahora intentar otra cosa que copiar

aquellas líneas, pues revelan un episodio honrosísimo de su vida y algo de su carácter inflexible y sin doblez por tanto.

«Hace alrededor de cuatro lustros un estudiante provinciano de la docta ciudad argentina de Córdoba tuvo la ocurrencia de mandarme a Buenos Aires con destino a esta revista sus primeros versos de amor. Y aunque yo había dejado de hacerlos ya por entonces, a fin de consagrarme por entero a la prosa vil, era por lo mismo un crítico asáz exigente al respecto. No publiqué pues, aquellos incipientes versos del joven poeta llamado Hernán Gómez. Esperaba otros mejores del mismo.

»Ahora bien, lejos de resentirse, aquel muchacho no tardó en hacerse mi amigo y al cabo de una década de trabajo y estudio, aparecía en Buenos Aires, bajo mis cuidados, su primer libro, *Alabanzas* (BABEL, 1933).

»Incorpora en cierto modo esta obra primigenia todo un género literario extraño y raro a nuestro ambiente. Me refiero a la balada de origen francés, zumbona y cordial dentro del cánón que inmortalizó François Villon.

*¿Dónde está el niño que tenía  
en el estanco un gran velero?  
¿Dónde su voz que repetía  
los versos que recuerdo y quiero?  
¿Dónde está el libro que leía  
lleno de asombro verdadero?  
¿Dónde su alma amanecida?  
¿Dónde su hablar meditabundo?  
¿Debo buscarlo en otra vida?*

»Pues bien, hay entre las baladas de aquel libro una, particularmente generosa para su primer crítico. Y, a riesgo de parecer fatuo, porque me atañe íntimamente, voy a copiar su primera y última estrofa:

*Tú nunca has pulido otro lente  
que el de tus anteojos, ni has sido  
conminado descorlesmente  
a dejar el país querido  
en que has luchado y has sufrido  
como lo sabe poca gente.  
Conservas por lealtad la zeta,  
mas tienes una e sobrante,  
aunque en tu partida completa  
lleva Enrique un Baruch delante.*

*Enrique: guarda en tu maleta  
esta balada trashumante  
y que tu buen humor la aguante,  
bueno con e, bueno con zeta...  
Y que Baruch siga adelante!*

Creo que tal muestra de superioridad basta para medir la magnitud de la pérdida que no sólo yo, sino la revista en su conjunto, experimenta con la temprana muerte del poeta Hernán Gómez, nuestro amigo y compañero en la brega de un cuarto de siglo. El socialismo argentino, que ya no atrae a los poetas, lo contó asimismo en sus filas como una honrosa excepción.

e. e.

## Babel

### ALGUNOS NUMEROS ESPECIALES:

#### 15 / 16.—HOMENAJE A LEON TROTSKY

LEON TROTSKY / *Retrato y autógrafo.*— ENRIQUE ESPINOZA / *Los escritores frente a León Trotsky.*— LUIS FRANCO / *Vida y muerte de Trotsky.*— ERNESTO MONTENEGRO / *Trotsky, maestro de conciencias.*— CIRO ALEGRÍA / *Perfil de un revolucionario.*— MANUEL ROJAS / *El último combatiente.*— EDMUND WILSON / *Rol de Trotsky en la historia.*— JAMES T. FARRELL / *Tributo al gran viejo.*— DWIGHT MACDONALD / *Intento de apreciación.*— Páginas escogidas de Trotsky.

#### N.º 18.—HOMENAJE A W. H. HUDSON

ENRIQUE ESPINOZA / *La reconquista de Hudson.*— LUIS FRANCO / *Hudson en la Pampa.*— MANUEL ROJAS / *El animismo de Hudson.*— ERNESTO MONTENEGRO / *Hudson, novelista de la Naturaleza.*— HERNÁN GÓMEZ / *Por el rastro de Hudson.*— CIRO ALEGRÍA / *Una lección de Hudson.*— Páginas escogidas de Hudson.

#### N.º 26.—SOBRE LA CUESTION JUDIA

WALDO FRANK / *El judío en nuestro tiempo.*— B. SANÍN CANO, ERNESTO MONTENEGRO, ARTURO CAPDEVILA, J. GARCÍA MONGE, VÍCTOR SERGE / *Sobre la cuestión judía.*— JEAN MALAQUAIS / *Marianka* (cuento).— GUSTAV REGLER / *Los niños del Ghetto* (versos).— JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI / *El renacimiento judío.*— ENRIQUE ESPINOZA / *Mester de Judería.*

#### N.º 28.—LA GENERACION DEL AÑO VEINTE

CARLOS VICUÑA / *El año veinte.*— SANTIAGO LABARCA / *La generación del año 20.*— EUGENIO GONZÁLEZ / *Juventud veinteañera.*— DANIEL SCHWEITZER / *Juan Gandulfo.*— MANUEL ROJAS / *Recuerdos de José Domingo Gómez Rojas.*— GONZÁLEZ VERA / *Estudiantes del año 20.*— ENRIQUE ESPINOZA / *Colofón.*

#### N.º 34.—HOMENAJE AL PUEBLO ESPAÑOL

##### En el décimo aniversario de su resistencia

ARTHUR KOESTLER / *La sedición.*— LUIS FRANCO / *Don Paquito.*— ENRIQUE ESPINOZA / *Conciencia histórica.*— JUVENCIO VALLE / *Laurel a Pasiónaria.*— MANUEL ROJAS / *Diez años.*— BERNARDO CLARIANA / *Oídos cantar por la Casa de Campo.*— VINCENT SHEEAN / *El último voluntario.*— MAURICIO AMSTER / *La rama y el retoño.*

Alentada por el éxito de su *Colección del Olivar*, la revista BABEL inicia una nueva serie, de carácter sociológico, bajo el nombre de *Colección del Pedernal*. En ella encontrarán cabida las obras documentales más representativas del pensamiento humano en su búsqueda de la libertad. En primer término aparecerá en una edición limitada de cien ejemplares el famoso

## MANIFIESTO COMUNISTA

*de Marx y Engels*

en una cuidada traducción del original alemán

*por Mauricio Amster*

y adornado con un retrato de los autores

grabado en talla dulce

*por José Moreno*

Será esta, probablemente, la única edición del centenario en nuestro idioma, con las características de pulcritud tipográfica y rica calidad de papel que destacan las publicaciones de BABEL en el continente.



«Este panfleto, el más genial entre todos los de la literatura mundial, asombra aun hoy por su frescor. Se diría que sus principales capítulos fueron escritos ayer. Ciertamente, sus jóvenes autores (Marx tenía veintinueve años, Engels veintisiete) supieron prever el porvenir como ninguno supo hacerlo antes ni después de ellos. Ya en el prefacio de la edición de 1872, Marx y Engels declaraban que si bien algunos pasajes secundarios del Manifiesto habían envejecido, no se consideraban con derecho a modificar el texto inicial, pues al cabo de un cuarto de siglo se había convertido en un documento histórico.» Así ha escrito Trotsky, al cumplirse el nonagésimo aniversario del Manifiesto y confirman su juicio incluso adversarios de la talla de Werner Sombart, Charles Andler y, últimamente, Bertrand Russell en las transmisiones con que la B. E. C. de Londres ha conmemorado este centenario



En la misma Colección del Pedernal aparecerá:

## DESOBEDIENCIA CIVIL

*por Henry David Thoreau*

en una cuidada traducción del original inglés

*de Ernesto Montenegro*